

DANIEL, LESLIE J. M.A. Antonieta Rivas Mercado: la nación, la literatura y la mujer en su filosofía. (2022)
Directed by Dr. Veronica Grossi. 73 pp.

El régimen dictatorial del presidente Porfirio Díaz permaneció en el poder durante casi treinta años. El presidente, conocido por su francofilia, planeaba establecer en la ciudad de México una metrópoli como París. El diseño urbano, la comida, el arte y la educación estuvieron marcados por la influencia de la Francia del siglo XIX. La tecnología ferroviaria y la instalación eléctrica de la Ciudad de México trajeron otros grandes avances para la industria. Sin embargo, las poblaciones lejanas a la gran ciudad, los campesinos y los obreros no se hallaron beneficiados de la misma manera por las políticas industrializantes y centralizantes del porfiriato. La disparidad en bienes y oportunidades se acentuó y el levantamiento armado en contra del dictador se hizo inminente.

La lucha sangrienta acabó con el régimen y otorgó el poder a aquellos caudillos que presentaban ‘el pueblo’ y los intereses de los pobres campesinos y los obreros. Luego del fin del porfiriato, se estableció un régimen militarizado que a su tiempo tuvo la necesidad de afianzar su legitimidad por medio de un ideal nacionalista apoyado en la figura de los caudillos y el mexicano indígena y de clase trabajadora.

La instauración del nuevo paradigma significó la negación al pasado afrancesado de las instituciones políticas y educativas. Antonieta Rivas Mercado nació en el México del porfiriato en el seno de una familia acomodada de la Ciudad de México. Durante su niñez vivió en Francia y para cuando fue adolescente, la Revolución mexicana estaba en pleno auge. Por lo tanto, en sus primeros años Rivas Mercado se rodeó del arte y la educación europea, estudió inglés y francés con institutrices, estudió piano y baile, entre otras actividades tradicionalmente femeninas como el tejido de encaje. Sin embargo, Rivas Mercado nunca llevó una vida del todo tradicional.

Tras el divorcio de sus padres, Rivas Mercado se encargó de las finanzas de su padre y experimentó la libertad de seguir sus intereses artísticos y de administrar las finanzas y los recursos de la familia. En su juventud conoció a quien se convertiría en su marido, Albert Blair, un joven inglés educado en los Estados Unidos que manejaba algunos negocios para la familia Madero.

Su matrimonio duró poco sin problemas, la vida libre y el espíritu independiente de Rivas Mercado no sentó bien con las ideas tradicionales y religiosas de Blair. La pareja tuvo un hijo, pero la relación fue intermitente y problemática para Rivas Mercado. Aún casada, Rivas Mercado visitó Europa en compañía de su padre y de su hijo. Durante este viaje ella conoció el teatro de vanguardia, así como a otras figuras importantes como Alfonso Reyes, quien sería su amigo a lo largo de su vida.

Tras su regreso a México, Rivas Mercado se embarcó en uno de los proyectos más importantes de la historia del teatro en México junto a su amigo Manuel Rodríguez Lozano. El pintor la presentó con un grupo de jóvenes artistas interesados en el teatro. Rivas Mercado y este grupo de jóvenes conocido como los Contemporáneos fundaron el teatro "Ulises" con objetivo de presentar en México obras teatrales modernas. Rivas Mercado traducía, actuaba, bailaba y se encargaba de los gastos cuando los ingresos del teatro no los cubrían. El grupo atrajo gran atención a causa de las obras que elegían, obras modernas europeizantes.

Aunque el teatro "Ulises" fue un proyecto de gran importancia, los problemas personales entre el grupo y la partida de uno de los integrantes causó el fin del sueño de Rivas Mercado. Sin embargo, la famosa mecenas estaba a penas cerca de conocer su próximo proyecto. En el ambiente político, José Vasconcelos ganaba gran popularidad. Rivas Mercado y Vasconcelos se

conocieron en 1929. Rivas Mercado acompañó a Vasconcelos en su campaña y se comprometió a escribir la crónica de la misma.

Alfonso Reyes, Vasconcelos y los Contemporáneos sostuvieron diálogos con Rivas Mercado que enriquecieron su conocimiento y le permitieron desarrollar una filosofía propia. Ella, había aprendido de su padre y de los artistas que rodearon a su familia desde su niñez. También había aprendido de sus viajes, de sus institutrices y de las lecturas de los grandes creadores del canon occidental. Sería hacia el final de su vida cuando la autora plasmó sus ideas en sus textos, cuyos temas abordaron la situación sociopolítica de la mujer mexicana, el conflicto religioso en México, la literatura hispanoamericana y la intervención extranjera.

La vida de Rivas Mercado ha sido ampliamente estudiada en relación con las amistades y relaciones amorosas de la escritora. Pero su obra escrita no ha sido estudiada a detalle con la excusa de que su producción no es amplia o que su novela quedó inconclusa. El objetivo de trabajo de investigación es presentar un estudio de los textos de Rivas Mercado y señalar las similitudes de su pensamiento con el de aquellos grandes pensadores como Alfonso Reyes y José Vasconcelos, así como las particularidades de una escritora que vivió entre la filosofía europeizante y un régimen nacionalista. También el fin de los modernistas y el surgimiento de las vanguardias al mismo tiempo que observó el auge del muralismo y que vivió la libertad de una mujer europea, pero defendió su fe católica hasta su último día

ANTONIETA RIVAS MERCADO: LA LITERATURA, LA NACIÓN Y LA MUJER EN SU
FILOSOFÍA.

by

Leslie J Daniel

A Thesis

Submitted to

the Faculty of The Graduate School at
The University of North Carolina at Greensboro

in Partial Fulfillment

of the Requirements for the Degree

Master of Arts

Greensboro

2022

Approved by

Committee Chair

© 2022 Leslie J. Daniel

APPROVAL PAGE

This thesis written by Leslie J Daniel has been approved by the following committee of the Faculty of The Graduate School at The University of North Carolina at Greensboro.

Committee Chair

Dr. Grossi

Committee Members

Dr. Cabello-Hutt

Dr. Estrada

June 17, 2022

Date of Acceptance by Committee

June 17, 2022

Date of Final Oral Examination

ACKNOWLEDGEMENTS

A mi asesora de tesis y querida profesora, la Dra. Verónica Grossi, mujer genial y sumamente generosa cuya pasión por la literatura llevaré conmigo para siempre. Gracias por la paciencia, los conocimientos y la dedicación entregada durante el proceso de investigación y escritura.

A mi querida profesora, la Dra. Claudia Cabello-Hutt, una mujer inspiradora y humana, extraordinaria mentora para sus alumnas. Gracias infinitas por la paciencia, el apoyo y la dirección brindada.

TABLA DE CONTENIDOS

CAPÍTULO I: INTRODUCCIÓN.....	1
El afrancesamiento de México durante el Porfiriato y la familia Rivas Castellanos.....	1
Don Antonio Rivas Mercado	3
Antonieta Rivas Mercado	4
Manuel Rodríguez Lozano, los Contemporáneos y el teatro “Ulises”	10
Antonieta Rivas Mercado y el movimiento vasconcelista.....	15
CAPÍTULO II: ANTONIETA RIVAS MERCADO Y SU POSICIÓN EN LA POLÉMICA DE 1932 SOBRE EL UNIVERSALISMO.....	21
Antecedentes de la polémica literaria de 1932	23
La polémica literaria de 1932	26
Conclusión	34
CAPÍTULO III: EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE ANTONIETA RIVAS MERCADO LA REVOLUCIÓN, EL VASCONCELISMO Y LA MUJER MEXICANA.....	35
La Revolución, la mujer mexicana y el vasconcelismo.....	36
El catolicismo: fábrica de mujeres mexicanas	42
El feminismo sajón y la mujer mexicana.....	46
Conclusión	48
CAPÍTULO IV: LOS TIPOS MEXICANOS Y SUS DINÁMICAS DE GÉNERO EN DOS CUENTOS DE ANTONIETA RIVAS MERCADO: “EQUILIBRIO” E “INCOMPATIBILIDAD”	50
“Equilibrio”.....	53
“Incompatibilidad”.....	60
Conclusión	66
CAPÍTULO V: CONCLUSIÓN.....	69
TRABAJOS CITADOS.....	72

CAPÍTULO I: INTRODUCCIÓN

El afrancesamiento de México durante el Porfiriato y la familia Rivas Castellanos

El periodo histórico conocido como el Porfiriato abarcó de 1876 a 1910 y se caracterizó por un régimen dictatorial encabezado por el general Porfirio Díaz cuyo lema “orden y progreso” representó una era de gran avance tecnológico. El ferrocarril, instaurado por el presidente Díaz, permitió el acceso de productos a un menor costo y facilitó el traslado desde los estados de provincia al centro del país y viceversa. La vida de la capital mexicana, especialmente de la élite, imitaba el estilo de vida de la burguesía francesa (Bazant 205).

La base de la influencia francesa en México a finales del siglo XIX fue desde luego el positivismo. Se considera que el positivismo comteano fue introducido por el filósofo mexicano Gabino Barreda en 1867, quien elaboró una interpretación filosófica sobre la historia de México a partir de los estadios teológico, metafísico y positivo del filósofo francés (Vargas Lozano 2). El positivismo proponía amor, orden y progreso. Lema que daría lugar al conocido “orden y progreso” utilizado en el porfiriato.

La imitación del estilo francés permeó varios aspectos de la cultura desde la moda, hasta la literatura, además de la administración pública y la ingeniería. Luego de haber sido colonia, México buscaba la consolidación nacional y buscaba integrarse a un mundo cosmopolita en el que ser moderno significaba ser afrancesado (Pérez-Siller 75). La cultura francesa ejerció gran influencia sobre el mundo occidental. París era una ciudad cosmopolita que representaba la modernidad. Otros pueblos comenzaron a imitar su filosofía, su política y hasta la manera de hacer ciencia (Fernández 144).

En la literatura, las revistas literarias al estilo de las francesas comenzaron a popularizarse. Estas revistas fueron de gran importancia para el establecimiento del Modernismo

que, según Ángel Rama, representó el primer intento de la literatura latinoamericana de entrar en el mercado mundial. El Modernismo buscaba redefinir el lugar de los intelectuales (Pineda Franco 439). Un ejemplo de esto fue la creación de revistas literarias como *La Revista Moderna* (1898), después llamada *la Revista Moderna de México* la revista (1904). Esta publicación surgió como producto de una joven generación de escritores que buscaba asirse de una herencia cosmopolita, asumirse como ciudadanos universales en el entendido de que lo universal era sinónimo de lo francés. Una polémica literaria en 1898 revitalizó el debate sobre la purificación de la lengua. Los modernistas fueron contraparte en este debate. En la versión de la revista de 1904, la discusión se centra en el universalismo vs. el nacionalismo y la postura modernista ante el debate. El escritor Francisco V. Contreras ejemplifica el pensamiento finisecular al resaltar la intención liberal e individualista de la vanguardia literaria. Los modernistas que colaboraron en la revista expresaron su postura a través de diferentes textos. Escritores como Rubén Darío y Leopoldo Lugones, se mostraron contrarios ante la perspectiva positivista de lo nacional y se opusieron al conservadurismo mexicano en la literatura. Estos escritores modernistas se manifestaron afines al decadentismo, al sentimiento de fin de siglo que ocurrió en Europa, principalmente en Francia con autores como Charles Baudelaire (Pineda Franco 442-444).

En cuanto a la arquitectura, París se convirtió en el modelo urbano para occidente. Siguiendo el modelo de las academias europeas que miraban a las de Francia, el general Santa Ana inyectó capital a la academia de San Carlos, la cual definiría el gusto estético de la élite mexicana. Sin embargo, la falta de capital no permitió el desarrollo urbano afrancesado en este momento. Será hasta el porfiriato cuando la Ciudad de México experimentaría un cambio urbano de gran influencia francesa. El general Porfirio Díaz optó por utilizar tecnología de vanguardia

francesa importada desde París. El dictador deseaba construir una capital como la capital francesa.

Don Antonio Rivas Mercado

El arquitecto Rivas Mercado, nació en la Ciudad de México. Era el hijo menor de 10 hermanos y dos medias hermanas. El pequeño Antonio Rivas pasó los primeros once años de su vida entre sus dos hermanas y su madre. Su padre don Luis Rivas, interesado en que su hijo recibiera una educación sólida y masculina envió a Antonio en barco a Inglaterra para estudiar en el Colegio Católico Stonyhurst (Bradú 15,16). Poco tiempo después, su tía Elena y su tío político de origen francés de nombre Lavadie lo acogieron en su hogar en Francia (Bradú 16).

Una vez en Francia, Antonio cursó la educación secundaria en el Liceo de Burdeos. Más adelante, estudió arquitectura en les Beaux-Arts de París e ingeniería en la Sorbona. El joven Antonio había experimentado la libertad de ser estudiante y vivió la cultura francesa tan naturalmente como sus compañeros. Dentro de sus viajes, visitó Italia donde estudió durante meses el Quattrocento y el arte bizantino. También visitó la tierra de su padre, Málaga, donde adquirió una gran inclinación por la cultura morisca (Bradú 16,17).

Ya instaurada la república en México, el arquitecto Rivas Mercado se embarcó de regreso a su país de origen. Su primer trabajo como arquitecto fue bajo el mandato del presidente Manuel González, quien gobernó durante una pausa simulada de la dictadura porfirista. Antonio Rivas Mercado se encargó de construir la aduana de ferrocarriles de Tlatelolco, un edificio sumamente elegante de materiales de importación europea. También se dedicó a construir el Museo de Cera de la ciudad de México y algunas casas particulares. Después, participó en el concurso para construir el Palacio Legislativo y aunque la propuesta del arquitecto Rivas Mercado se ganó la

preferencia de una importante personalidad como Amado Nervo, el presidente Díaz eligió a un arquitecto extranjero (Bradú 17,18).

Ya cerca de sus 40 años, el arquitecto Rivas Mercado se había hecho de prestigio en su profesión. El arquitecto era aún soltero, pero en esta época conoció a una mujer originaria de Oaxaca que se convertiría en su esposa, Matilde Castellanos Haaf. El padre de Matilde se dedicó a empresas teatrales y operísticas. Su madre, una mujer católica, se dedicó a su hogar y a la crianza de sus hijos (Bradú 19).

Para 1898, Antonio y Matilde se habían casado y se instalaron en la famosa casa de la calle Héroes que diseñó el propio Antonio. Tuvieron su primera hija, quien murió al poco tiempo de nacer. Después, el 6 de enero de 1896 nació Alicia, la hermana mayor de Antonieta (Bradú 21). Cuatro años después nació su tercera hija, Antonieta.

Antonieta Rivas Mercado

María Antonieta Valeria Rivas Castellanos nació el 28 de abril de 1900 en la Ciudad de México. Las dos hermanas mayores, Antonieta y su hermana Alicia, fueron educadas de acuerdo con la tradición de las familias acomodadas de su tiempo. Se educaron en casa con profesores particulares, una de ellas, su profesora de inglés educada en la Escuela Normal, quien seguía el sistema educativo francés instaurado bajo el gobierno de Porfirio Díaz (Bradú 28, 29). La señora Torres las instruyó en las actividades consideradas como educación femenina que incluían actividades domésticas como coser, hacer encajes, pintar vidrio y pirograbado. Las hermanas Rivas Castellanos también fueron instruidas en recitación y fueron impulsadas a practicar actividad física en el gimnasio de su casa. Antonieta fue impulsada a estudiar al mismo nivel de su hermana 4 casi años mayor en todas las áreas de la educación que recibieron (Bradú 29). Rivas Mercado creció rodeada de arquitectos, pintores, escultores y escritores mexicanos y

extranjeros que visitaban la residencia Rivas Castellanos. Su padre, Don Antonio Rivas Mercado, adoptó la tradición francesa de sentar a sus hijos a la mesa de los adultos. El arquitecto Rivas Mercado creía que sus hijos crecerían con una predilección por el arte al convivir cercanamente con aquellos artistas que visitaban la residencia (Bradú 30). El padre de Antonieta fue lo que las decimonónicas habrían considerado el hombre moderno. La joven Rivas también aprendió de su padre el mecenazgo, aquellos artistas que visitaban al arquitecto fueron en vastas ocasiones alumnos hambrientos que se formaban como artistas en aquel momento. Antonieta se ganó el reconocimiento de su padre, quien notó a temprana edad sus dotes artísticas y su inteligencia. La pequeña Antonieta disfrutaba de la música, el baile, la poesía y el teatro desde la niñez (Bradú 30, 31).

En vísperas del festejo del centenario de la independencia de México, el arquitecto Rivas Mercado viajó con sus hijas Alicia y Antonieta a París para inspeccionar los preparativos de la construcción de la estatua del Ángel de la independencia que hoy adorna a la Ciudad de México (Bradú 32). En París, la todavía niña Antonieta, conoció a Blanche, la esposa del mejor amigo de Don Antonio, quien introdujo a las hermanas Rivas Castellanos al ballet clásico. Antonieta quedó maravillada con *El lago de los cisnes* y su tía Blanche observó en ella aptitudes para el baile (Bradú 36, 37). Blanche consiguió que Antonieta audicionara para un profesor de la Ópera de París. El profesor Soria aseguró que la niña tenía gran aptitud para el ballet y Antonieta comenzó a recibir sus lecciones de baile (Bradú 39). Cuando llegó el tiempo de regresar a México, el profesor Soria propuso a Don Antonio dejar a Antonieta cinco años más en París para seguir con su formación como bailarina, insistió en que para entonces Antonieta sería primera bailarina en la Ópera de París. Sin importar los vastos ofrecimientos del profesor, el arquitecto Rivas se negó y se propuso a regresar a México con sus hijas (Bradú 41). Así, Antonieta dejó su

instrucción profesional en el ballet y a aquella figura materna, Blanche, que la quiso como a una hija y en quien encontró la relación cercana que nunca tuvo con su madre.

Una vez en México, luego de las innumerables celebraciones del centenario de la independencia y en vísperas del estallido de la Revolución mexicana. Las hermanas Rivas Castellanos regresaron a su agenda de estudios habitual. Antonieta buscó seguir en el baile, pero en México solamente pudo encontrar lecciones de bailes regionales españoles. Las lecciones de la la señorita Torres abordaban la literatura inglesa, óperas alemanas y francesas, así como vidas de escritores de la literatura universal. Recibieron también, por parte de Mrs. French clases de inglés. Por su parte, Martita Loubet las instruyó en el francés. Lupita Mejía fue su maestra de piano, las cuales suplieron por algún tiempo la añoranza de Antonieta por el ballet clásico (Bradu 45).

La paz y la rutina del día a día terminarían muy pronto para los Rivas Castellanos. Antonio Rivas fungía como uno de los arquitectos del dictador Díaz y director de la academia de San Carlos. Durante su tiempo como director se inició el levantamiento armado, también que incluyó a sus alumnos de la academia, quienes exigían el cambio del canon estético de San Carlos (Bradu 46). Poco después, Madero tomó el poder y Don Antonio tuvo que renunciar como director de la famosa academia mexicana (Bradu 47).

México no volvería a ser el mismo, los Rivas Castellanos permanecieron en México entre las dudas y el miedo de ser atacados y despojados de sus propiedades. La familia vio a los nuevos dirigentes del país establecer su poderío justo frente a su casa de la calle Héroes en la Ciudad de México. El general Lucio Blanco instaló su cuartel general en una residencia vecina que había pertenecido a una familia que se exilió a los Estados Unidos debido a la Revolución (Bradu 47). Empezaba la conocida era de los caudillos. La vida social de la familia se detuvo,

Don Antonio mantuvo a su familia resguardada en su casa con miedo de lo que la lucha armada pudiera significar para su esposa y sus hijos (Bradu 48).

En 1913, el fuego de la Revolución alcanzó a la familia Rivas Castellanos. La llamada “decena trágica” y la victoria política de Victoriano Huerta agravaron los problemas de seguridad y el abastecimiento de la capital mexicana. El matrimonio Rivas Castellanos se separó el mismo año (Bradu 49). Al igual que ocurriría años más tarde con Antonieta, su madre se llevó a su hermana a Europa durante aquel viaje de separación. Uno de los rumores de la separación habría implicado una infidelidad por parte de Matilde Castellanos, las mismas sospechas que causaron el divorcio de la propia Antonieta en el futuro (Bradu 50). Aunque en el caso de Antonieta, la infidelidad era imaginada por su esposo. Mientras Matilde Castellanos se encontraba en Francia, Alicia Rivas conoció a quien se convertiría en su esposo. Alicia se casó y permaneció en París con su marido y sus hijos. Antonieta siempre resintió la partida de su madre y al mismo tiempo, sin su hermana mayor, se convirtió en la señora de la casa (Bradu 51). En este momento Antonieta se acercó a su padre más que nunca, quien le confió las finanzas de la casa y la administración de los bienes. Don Antonio le otorgó a Antonieta la libertad de salir a llevar sus asuntos personales como y cuando mejor le pareciera desde los 14 años. Las críticas familiares no se interpusieron a la libertad que el padre de Antonieta le otorgaba a su hija predilecta. En el futuro, la misma Antonieta encontraría negativa la costumbre de no encontrar oposición a sus deseos (Bradu 52). La joven, quien adoptó ambos apellidos de su padre, continuó con sus clases de piano y de literatura, esta última con el famoso Erasmo Castellanos Quinto. En estos años se dedicó al estudio profundo de la filosofía con una profesora particular. Se interesó particularmente por la rama teosófica de la filosofía (Bradu 53).

El estallido de Gran Guerra en Europa impulsó en México reuniones sociales de las familias aristócratas nacionales y extranjeras en las que participó Antonieta Rivas Mercado. En una de estas reuniones conoció a Albert Blair un ingeniero de minas de origen inglés criado en los Estados Unidos (Bradú 55).

Albert se encontraba en la Ciudad de México por invitación de los Madero. Los hermanos menores de Francisco I. Madero y el ingeniero Blair se conocieron en la Universidad de Michigan mientras estudiaban. Los jóvenes Madero le hablaron del movimiento revolucionario y prometieron buscarlo cuando el conflicto se materializara. Los tres jóvenes se graduaron en 1910, Raúl y Julio Madero cumplieron su promesa al estallar la guerra civil en México (Bradú 56). Albert se trasladó a México y trabajó con los Madero aún después del exilio de la mayoría de sus miembros. Durante su estancia en México, Don Evaristo Madero presentó a Albert Blair y a la joven Rivas (Bradú 57). Albert era un joven norteamericano, de fe protestante y alineado al pensamiento revolucionario y Antonieta era una joven mexicana, católica y producto de la educación francesa del porfiriato para quien los revolucionarios eran hombres sin cultura (Bradú 58). Quizá estas diferencias debieron advertir la inminente “Incompatibilidad” de la pareja y la futura catástrofe que llevaría a la Antonieta a su fatídico suicidio.

Sin embargo, después de conocerse, comenzaron a frecuentarse. Encontraron el uno en el otro, personalidades atractivas y conversaciones interesantes. Los dos eran jóvenes cultos que vivían de manera extraordinaria en momentos cruciales de la historia. En julio de 1918, Antonieta y Albert se casaron mediante una pequeña ceremonia católica en la casa de la calle Héroes (Bradú 58, 59).

Al cabo de unos meses, comenzaron los problemas entre Blair y Rivas Mercado. Muy pronto, Rivas Mercado solicitó a su esposo divorciarse directamente porque según las propias

palabras de la joven, ya no lo quería (Bradú 61). A partir de este momento, su relación se tornó sumamente problemática. Al enterarse de su embarazo en 1919, Rivas Mercado y Albert Blair decidieron seguir casados y después del nacimiento de Donald Antonio, en 1921, se mudaron a una hacienda de los Madero lejos de la élite de la capital mexicana (Bradú 64). A pesar de los esfuerzos de la pareja, la relación empeoró hasta que Antonieta se fugó a la capital mexicana donde encontró protección en la casa de su padre (Bradú 66).

Una vez de regreso en la capital, Rivas Mercado comenzó a familiarizarse con la vida cultural de la Ciudad de México y a recobrar su independencia. La joven comenzó a asistir al Anfiteatro de la Preparatoria Nacional para observar a Diego Rivera pintar. Para este momento, el movimiento vasconcelista levantaba discusiones en los cafés de la ciudad y en la literatura los estridentistas parodiaban a los escritores de la vanguardia. Los jóvenes como Salvador Novo y Xavier Villaurrutia traducían y publicaban textos sumamente controversiales (Bradú 67). México atravesaba tiempos revueltos tanto en la política como en el arte.

Mientras Albert y Antonieta estaban todavía casados, don Antonio Rivas organizó un viaje a Francia con su hija y su nieto. Antonieta procuraba pasar el mayor tiempo posible separada de su marido y las ocupaciones de Albert Blair lo distrajeron de los problemas matrimoniales. El viaje a Francia era la excusa perfecta para que Antonieta disfrutara de la libertad que si matrimonio le quitaba. Don Antonio hizo un acuerdo con Albert y se dispuso a viajar con su hija y con su nieto. En octubre de 1923, con el acuerdo de volver en un año, Rivas Mercado, Donald Antonio y don Antonio Rivas partieron rumbo a Europa (Bradú 68, 69). Fue en este viaje donde Antonieta Rivas Mercado tuvo su mayor acercamiento al teatro de vanguardia (Bradú 74). Al igual que su padre, su predilección por la literatura francesa y española, la mantenía interesada en autores como André Gide y José Ortega y Gasset. Ya fuera en Francia o

en España, la autora no dejó de tomar cursos y asistir a conciertos. Tras el año cumplido en el acuerdo, Antonieta pidió a Blair alargar su estancia. Antonieta, su padre y el pequeño Antonio no regresaron a México hasta 1926 (Bradú 76,78).

La salud de don Antonio Rivas decayó gravemente y tan solo un año después de haber regresado a México, don Antonio Rivas Mercado murió en su casa de Héroes bajo el cuidado de su hija Antonieta. La muerte de su padre representó una dolorosísima pérdida para Antonieta. Tras la muerte del arquitecto Rivas, Antonieta se convirtió en la administradora oficial de la herencia del arquitecto a excepción de la casa donde había vivido y muerto su padre, la cual quedó como herencia a su hermana Alicia (Bradú 83).

Manuel Rodríguez Lozano, los Contemporáneos y el teatro “Ulises”

Manuel Rodríguez Lozano había sido burócrata en la Secretaría de Relaciones Exteriores y se había casado en 1913 con Carmen Mondragón. Luego del exilio de la familia Mondragón a Europa, la relación entre Carmen y Manuel terminó de manera trágica con el asesinato de su pequeña hija. La joven Mondragón había asfixiado a su bebé al poco tiempo de su nacimiento. Aunque el padre de Mondragón intentó reconciliar a la pareja al asegurar que su hija había atravesado un momento de locura, Rodríguez Lozano abandonó a Carmen y se fue de la casa de la familia Mondragón. Una vez fuera de la casa Mondragón, Manuel comenzó su formación autodidacta como pintor en París. Aunque se sabe poco de este periodo de su vida, se cree que se hizo de amistades en los círculos de Montmartre y de Montparnasse. Picasso se convirtió en su modelo. En 1921, Rodríguez Lozano regresó a México al lado de Diego Rivera, Roberto Montenegro y Adolfo Best Maugard (Bradú 87).

El escritor Alfonso Reyes, mientras fungía como embajador en París, apoyó la obra de Rodríguez Lozano por medio de una exposición en la que compró uno de sus cuadros e incitó a

José Vasconcelos a adquirir otro. Sin embargo, Antonieta Rivas Mercado no conoció al pintor por medio de Alfonso Reyes, sino gracias al escultor Germán Cueto cuando Rivas Mercado estaba todavía en la casa de padre y buscaba un maestro de dibujo para Amelia, su hermana menor (Bradú 88).

Rodríguez Lozano creía que la estética debía anteponerse a los intereses políticos. El pintor denunció la demagogia entre los muralistas mexicanos, los despreciaba, a excepción de José Clemente Orozco. Rodríguez Lozano compartió sus ideales con Rivas Mercado, los cuales compartía con un grupo de críticos llamados los “Ulises”. Entre ellos estaban Salvador Novo, Xavier Villaurrutia y Gilberto Owen, quienes en un futuro formarían parte del grupo los “Contemporáneos” (Bradú 89).

Rodríguez Lozano compartía con Antonieta las opiniones que compartía con este grupo del que la autora conocía muy poco. Este grupo era aún muy joven y marginado de la escena cultural de México (Bradú 89). Rivas Mercado y los jóvenes artistas compartían lecturas de autores ingleses y franceses. Los “Ulises” habían leído sobre las vanguardias por medio de las revistas europeas y Antonieta Rivas Mercado las había experimentado sus manifestaciones artísticas en persona mientras vivió en Europa (Bradú 90).

Rodríguez Lozano y Rivas Mercado se acercaban cada vez más. Las historias trágicas de sus relaciones matrimoniales los unían de manera natural. El pintor apoyaba su idea de divorciarse e independizarse, aun cuando la propia familia de Antonieta se oponía a la separación (Bradú 91). Rodríguez Lozano por su parte, encontró en Antonieta una fuente inagotable de admiración y recursos hasta el punto que familia y amigos de ella no aprobaban de la veneración que Rivas Mercado le profesaba al pintor (Bradú 95).

Para 1927, la casa de Antonieta se convirtió en un centro de reunión para filósofos, intelectuales y pintores. Durante este año los hermanos de Antonieta se trasladaron a los Estados Unidos para residir por algunos meses. En esta época Rodríguez Lozano la puso en contacto con Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Gilberto Owen, Celestino Gorostiza y otros jóvenes interesados en el teatro (Bradú 95).

Rivas Mercado era para estos jóvenes un tipo de mujer distinta que desafiaba la moral de su tiempo y defendía su derecho a disfrutar de la cultura del momento. Antonieta era una mujer que podía ser su igual en cuanto a intelecto y cultura, era además rica y generosa. Además de ser interesante, podía hacer realidad sus aspiraciones artísticas de aquellos jóvenes artistas renegados del canon nacional (Bradú 96,97).

Antonieta Rivas Mercado y el grupo de jóvenes conocidos como los “Ulises”, más tarde conocidos como los “Contemporáneos”, nombrados respectivamente por ser colaboradores de revistas homónimas, comenzaron a reunirse con el objetivo de planear un nuevo proyecto. Apasionados de la dramaturgia, planearon instaurar un teatro al que llamarían “Ulises”. Este teatro fue pensado como el primero en México que representaba obras actuales y representaciones de los clásicos que conservaban su actualidad (Bradú 99). Así se inició uno de los proyectos más importantes de la historia del teatro mexicano, la creación del teatro “Ulises”.

La idea del teatro era unir diferentes talentos de los integrantes del grupo y ponerlos al servicio del arte. Los artistas se enfrentaron a las limitaciones que lleva implementar un nuevo tipo de teatro. Rodríguez Lozano y Rivas Mercado buscaron un lugar para consolidar su proyecto. Así, en el número 42 de la calle Mesones en el centro de la Ciudad de México, se materializó el sueño de Antonieta, traer a México el teatro de vanguardia (Bradú 101). Rivas Mercado, Novo, Villaurrutia y Owen eran parte del elenco. Rodríguez Lozano era el encargado

de dirigir a los escenógrafos. Más tarde, Celestino Gorostiza se les uniría como director de escena (Bradú 103).

Entre las otras actividades de los Contemporáneos en el teatro Ulises, Rivas Mercado, Novo, Villaurrutia, Owen y Gorostiza se dedicaron a traducir las obras que se representaban en el teatro. Rivas Mercado se dedicaba intensamente a la vida cultural de México. Luego de las obras de teatro, vinieron las obras sinfónicas que se presentaban en el mismo teatro. En ese tiempo también formó el patronato de la Orquesta Sinfónica de México (Henestrosa 19).

El 4 de enero de 1928 se presentó la primera obra de teatro y el escándalo no se hizo esperar. Luego de unos meses, a pesar de las críticas, las parodias y los chismes, los participantes del Teatro Ulises ya figuraban en la escena cultural de la ciudad (107-108). Con el tiempo, sin embargo, las críticas se volvieron más agresivas. Diego Rivera acusó al teatro de prometer actualidad, pero entregar obras con diez años de retraso. Y José Vasconcelos, por ejemplo, los acusaba de presentar obras de mentalidad burguesa y representativas de una cultura decadente que nada tenía que ver con el pueblo mexicano (Bradú 112).

Tras la última temporada de los *Ulises*, la revista homónima y el teatro ya no pudieron sostenerse a sí mismos. Antonieta tuvo que afrontar los gastos con su propio dinero y el grupo tuvo que regresar a reunirse en su casa. El grupo presentó *El tiempo es sueño* de Henri Lenormand traducida por Rivas Mercado y Celestino Gorostiza, con la escenografía del pintor Roberto Montenegro y la dirección de Villaurrutia y Celestino Gorostiza. Gilberto Owen, quien representaba uno de los personajes masculinos, abandonó al grupo de manera inesperada para tomar un cargo diplomático. La partida de Gilberto Owen marcó el principio del fin para el grupo (Bradú 116).

Por otro lado, el control que ejercía Rodríguez Lozano sobre Antonieta se desvanecía frente a la nueva amistad de los otros artistas del grupo. Además, su lugar dentro de la compañía teatral se había vuelto secundario. El pintor le aseguró a Rivas Mercado que los jóvenes artistas únicamente se interesaban en su dinero y que se apoderarían de los logros de su mecenas. Si bien los “Ulises” sí se habían mofado del personaje de “culto dama” de Antonieta, Rodríguez Lozano utilizó su injerencia en las decisiones de Antonieta para terminar con el proyecto del que había sido relegado. Al pasar del tiempo, los “Ulises” perdonaron a Rodríguez Lozano y recordaban a Rivas Mercado con cariño (Bradú 117-119). Después de cerrar el teatro, Antonieta comenzó a escribirle al pintor las cartas que se pueden leer hoy (Bradú 120).

Los Contemporáneos por su parte, Jorge Cuesta, José Gorostiza, Roberto Montenegro, Salvador Novo, Bernardo Ortiz de Montellano, Gilberto Owen, Carlos Pellicer y Torres Bodet. Aunque hay que decir que los integrantes de este grupo no lo son por consenso general. Algunos son considerados parte del grupo por su afinidad en ideas, otros por su participación en *Contemporáneos* y otros por su participación en el teatro Ulises. No se mencionan todos los nombres en todos los casos. Los Contemporáneos no eran un grupo estrictamente definido:

Ningún Contemporáneo, sin excepción, propuso legislaciones o establece mandatoria concertación. Nada más lejano a sus intereses que realizar fecundaciones bajo previas exigencias. El concordato queda establecido por amistad e intuiciones, por luminosas afinidades espirituales, intelectuales y sociales, cuando no también por la complicidad y el secreto. (Schneider, “Contemporáneos” 18)

Los Contemporáneos fueron denominados por Luis Mario Schneider como “el grupo sin grupo”, ya que sus integrantes buscaron la independencia y el individualismo en sus obras. Tenían en común el deseo de resumir el proceso creador de México a través de la historia, para

lograrlo, cada uno a su manera estudiaba, enjuiciaba y se reconocía en sus antecesores. (“Contemporáneos” 19). Aunque se les ha calificado como vanguardistas, la pluralidad de los textos y las filosofías individuales los convirtió en un grupo único.

Antonieta Rivas Mercado y el movimiento vasconcelista

Para 1929, el teatro ya había cerrado. En política, se organizaban elecciones para noviembre de 1929. En el mismo año, un hombre volvía de cuatro años de exilio en los Estados Unidos. El movimiento encabezado por este personaje se enfrentaba al militarismo violento del gobierno mexicano. José Vasconcelos, venía desde la ciudad de Nogales y para presentarse en Toluca, donde cruzaría su camino con Antonieta Rivas Mercado (Bradú 141).

José Vasconcelos había formado parte de un grupo de jóvenes intelectuales que fundó el Ateneo de la Juventud. El ideal de los ateneístas era el rechazo de la especialización propia del positivismo. Los jóvenes revolucionarios encontraron en las revistas la forma ideal de presentar sus ideas. Siendo este sistema característico de lo contemporáneo, entregaban al mismo tiempo reflexiones innovadoras (Van Hecke).

Vasconcelos se distinguía de los otros ateneístas por su actitud anti-intelectualista, voluntarista y espiritual. El ensayista fue también un gran actor político de México que participó en la Revolución mexicana y como ministro de educación durante el gobierno del presidente Álvaro Obregón. Es reconocido por su gran labor educativa y su apoyo al gremio magisterial de México. De acuerdo con Vasconcelos, los políticos debían respetar el lugar de los intelectuales y permitir a los maestros ocupar cargos educativos en lugar de entregarlos a los políticos (Van Hecke).

El Ateneo de la Juventud se distinguió por una filosofía apegada a la herencia anterior por sobre la herencia reciente del porfiriato. Los ateneístas se inclinaban a los autores como Sor

Juana y Juan Luis de Alarcón, además de otros europeos y en particular en la filosofía helénica (Van Hecke).

Su interés por el estudio los convirtió en el primer grupo de intelectuales organizados con el propósito de estudiar y analizar de manera crítica y rigurosa a los grandes pensadores de Occidente. Su pasión por el conocimiento se tradujo en el deseo de transmitir el conocimiento. Incluso fue gracias al grupo de ateneístas docentes fundó la Universidad Popular Mexicana, la cual tenía el propósito de llevar la cultura a lo largo del país (Van Hecke).

En el grupo de ateneístas hubo tanto universalistas como nacionalistas. José Vasconcelos, entre otros ateneístas, apoyaba la búsqueda de la identidad nacional y la necesidad de llevar la cultura de México a todos los mexicanos. Vasconcelos en particular, apoyó el nacionalismo y al igual que este el hispanoamericanismo.

El grupo integrado por Vasconcelos sostuvo una férrea crítica en contra del positivismo y del régimen porfirista que lo había introducido a México. Los jóvenes intelectuales estaban en contra del empirismo y la objetividad de la ciencia les eran contrarias a la cultura y el humanismo, de los cuales eran defensores. Alfonso Reyes, por ejemplo, aseguraba que el positivismo y su pedagogía habían fallado, en particular criticaba la marginación de la literatura y la cultura en aras de apoyar a las ciencias y su visión empírica de la realidad. Al ser el positivismo la filosofía que legitimó la presidencia de Díaz, las constantes críticas de los ateneístas contra el positivismo llevarían eventualmente a la revuelta en contra del régimen dictatorial de Díaz (Van Hecke).

Aunque los ateneístas atacaron el régimen de Díaz por medio de sus textos, Vasconcelos participó activamente en la revuelta militar. La guerra Cristera y el asesinato del general Álvaro Obregón dieron pie a elecciones extraordinarias. El general Plutarco Elías Calles declaró el fin

de la era de los caudillos. Esto propició el regreso de Vasconcelos para aceptar oficialmente su candidatura en 1928 (Henestrosa 20). La campaña de Vasconcelos prometía un gobierno sin corrupción, el sufragio femenino y una gran campaña de educación que alcanzaría a todos los mexicanos (Blair en Henestrosa 15).

El 9 de marzo de 1929 Antonieta Rivas Mercado y José Vasconcelos se conocieron en la ciudad de Toluca. Ese mismo día se inició una amistad entre la autora y el candidato (Henestrosa 21). La escritora asistió a las asambleas, a los cafés en los que se reunían los jóvenes, los obreros y los intelectuales que apoyaban al candidato Vasconcelos (Henestrosa 21). A mediados de 1929 Antonieta Rivas acompañó por primera vez a Vasconcelos en su campaña en el norte del país (Henestrosa 21). Antonieta se unió a la campaña que cambiaría para siempre su vida.

Alfonso Reyes y la cultura universalista.

A partir de 1906, Alfonso Reyes comenzó a reunirse con los jóvenes que formaban parte del Ateneo de la Juventud. Los jóvenes organizaban lecturas y conferencias. Estas conferencias servirían de inspiración para escribir el primer ensayo de su libro *Cuestiones estéticas*. Este libro planteó discusiones estéticas sobre la poesía de Góngora, la estética de Goethe y la obra de Stéphane Mallarmé. Además, proporciona un estudio de canciones y dichos populares, entre otros temas (Ugalde Quintana 160, 162).

La educación que se impartía en la Escuela Nacional Preparatoria, en la que se formó en la juventud Alfonso Reyes, se dividía en dos grupos importantes, la corriente de los afrancesados modernistas y la del neoclasicismo retórico. Los clasicistas creían que la literatura se debía estudiar por medio de los principios de la belleza contenidos en los manuales de habla y escritura (Ugalde Quintana 166). Los clasicistas se relacionaban con las formas conservadoras de la literatura que consideraban España como el origen de la patria, mientras que los liberales creían

en un origen prehispánico, aunque para 1910 los grupos liberales mostraron una reconciliación con el pasado hispánico

Reyes se asumía como la siguiente generación de liberales. El joven intelectual definió su postura en el estudio de la poesía de Góngora. La defensa de la estética gongorina representó una aceptación y acercamiento al pasado hispánico de México. Esto a su vez representaba el apoyo de un proyecto cultural en que la literatura española formaría parte del acervo de los mexicanos (Ugalde Quintana 171).

A lo largo de su obra, Alfonso Reyes se distinguió por su producción literaria de gran valor. Fue un destacado ensayista y crítico literario. Su cultura humanística formó a un escritor universalista. Su obra buscaba integrar a Latinoamérica en el mundo (Van Hecke).

La primera carta recogida entre Rivas Mercado y Alfonso Reyes es del mes de marzo de 1926. A partir de sus cartas, conocemos las reuniones de ambos durante la estancia en Europa de Rivas Mercado. Reyes fue un querido amigo de Rivas Mercado y sus cartas nos muestran las confidencias entre dos amigos cercanos.

Además de la relación personal, Rivas Mercado seguía la carrera de Reyes de manera cercana. De uno de los textos de Reyes en su revista *Monterrey*, dieron pie a uno de los proyectos más ambiciosos de la carrera de Rivas Mercado, su novela *El que huía*.

La vida de Rivas Mercado estuvo entrelazada con la de grandes personajes como lo fueron Alfonso Reyes y José Vasconcelos. La presidencia de Vasconcelos fue un sueño que se desmoronó antes de cristalizarse. Mientras estaba en Nueva York, Antonieta se enteró que Vasconcelos había perdido la presidencia en las fraudulentas elecciones de 1929 (Bradú 182). Además, para ese momento, ya había recibido la noticia de que Albert Blair había ganado la custodia del pequeño Antonio y la demanda de divorcio (Henestrosa 28).

Una vez habiendo escapado a París, la autora no vuelve a reunirse con ninguno de sus amigos o familiares de México a excepción de Vasconcelos. Se refugió en Burdeos, la ciudad donde estudió su padre, en su último año. El último año de la vida de Rivas Mercado es posiblemente el más turbulento de su vida, pero también fue el que propició la mayor producción literaria. Durante su estancia en Burdeos, Vasconcelos la visitó. Rivas Mercado le habló de sus problemas financieros y de la posible colusión de su familia y de Albert Blair para forzarla a regresar a México con el pequeño Antonio para entregarlo a su padre, esto disfrazado con la excusa de organizar sus finanzas. Le prometieron que luego podría salir de México en mejores condiciones. Vasconcelos insistió en que lo mejor era volver y que todavía podía salvar su fortuna (Bradú 216). Desafortunadamente, Antonieta Rivas Mercado ya había tomado una decisión. Se había apoderado de la pistola que había llevado consigo Vasconcelos durante la campaña. La autora escribió una carta con instrucciones para regresar a su hijo a México una vez que ya no estuviera y escribió sus planes de dispararse frente a la imagen de Jesús (en Schneider Rivas Mercado “Diario de Burdeos” 434, 436). En la mañana del 11 de febrero de 1931 Antonieta Rivas Mercado se disparó frente al Cristo crucificado de la catedral de Notre Dame en la que fue su segunda patria, Francia (Henestrosa 38).

Tenemos posibilidad de leer sus textos a través de aquellos que quedaron en posesión de algunos de sus ellos, como Vasconcelos y Rodríguez Lozano, otros se perdieron o quedaron inconclusos (Henestrosa 36, 38). Los textos disponibles de Rivas Mercado a los que tenemos acceso incluyen tres cuentos: “Equilibrio”, “Incompatibilidad” y “Un espía de buena voluntad”. Dos ensayos: “La mujer mexicana” e “Ideales de las mujeres: maternidad vs. igualdad de derechos”. Una reseña: “En torno a nosotras” publicada en la revista *Ulises*. Una crónica sobre la campaña de Vasconcelos, “La campaña de Vasconcelos”. Y una novela inconclusa, *El que huía*.

Además, su correspondencia con amigos y familiares, sus notas personales, algunas hojas de diarios que escribió de manera intermitente y su diario escrito durante su última estancia en Francia, “Diario de Burdeos”.

En este texto utilizaré los cuentos “Equilibrio” e “Incompatibilidad”; dos ensayos: “La mujer mexicana” y “Maternidad vs. igualdad de derechos”; el diario de Antonieta Rivas Mercado publicado como “Diario de Burdeos” y el fragmento de diario “Páginas arrancadas”; la novela *El que huía*¹.

¹ Todas las citas de los textos escritos por Antonieta Rivas Mercado se han obtenido de *Obras completas de Antonieta Rivas Mercado* de Luis Mario Schneider de 1981.

CAPÍTULO II: ANTONIETA RIVAS MERCADO Y SU POSICIÓN EN LA POLÉMICA DE 1932 SOBRE EL UNIVERSALISMO

El clima cultural del México de principios del siglo XX estuvo profundamente cargado de elementos políticos. Los primeros veinte años del 1900 fueron particularmente turbulentos tanto en la política como en la academia. Estos años estuvieron llenos de proyectos culturales, económicos y políticos acaparados por la insistente retórica nacionalista de la llamada era de los caudillos (Pérez Montfort 516).

Durante esta era de los caudillos, la relación entre las élites culturales y los grupos populares fue particularmente estrecha. Pérez Montfort recoge una cita de Pedro Enríquez Ureña que describe el interés de dichas élites en lo nacional: “Existe el deseo de preferir los materiales nativos y los temas nacionales en las artes y en las ciencias” (520). La cultura popular, que había sido relegada por la élite cultural, ahora tomaba una fuerza sin precedentes en la literatura nacional. Los intelectuales y los artistas, aunque educados en Europa, se esforzaban por producir arte de inclusión popular (Pérez Montfort 521).

Luego de un conflicto armado como la Revolución mexicana, la reconstrucción de la identidad nacional se había convertido en una prioridad de las políticas culturales del gobierno y de las nuevas instituciones. Esto dentro de un clima sociopolítico que buscaba distanciarse de las viejas instituciones construidas durante el Porfiriato. Las instituciones revolucionarias ahora debían llevar a un país que había vivido el horror de la guerra y la muerte a uno capaz de producir arte propio. Este proceso requirió una redefinición de lo nacional (Sheridan, *México* 25). Así lo recoge en una frase de Daniel Cosío Villegas:

“La Revolución, que había derribado con estrépito una organización económica falsa y olopelesca y un régimen político inmoral, exigía el NACIONALISMO” (En Sheridan, *México* 25, 26). De esta manera, el sistema anterior a la Revolución, el Porfiriato, estaba relacionado con

el poder y la intervención extranjera. Era lo falso y lo inmoral, por lo tanto, había que buscar lo verdadero, es decir, lo nacional (Sheridan).

Contrario a lo “oropelesco” afrancesado del Porfiriato, el discurso nacionalista se centraba en “el pueblo mexicano”. A su vez, “el pueblo” se identificaba con lo popular, los humildes, los pobres. El nacionalismo posrevolucionario, por medio de sus expresiones políticas, económicas y culturales entre 1920 y 1940, le dio un lugar privilegiado a los campesinos o proletarios, a los indígenas y mestizos y a los sectores medios que integraban este “pueblo mexicano” (Pérez Montfort, “Indigenismo” 518).

El hecho es que, tras el triunfo de la Revolución mexicana, el gobierno y sus instituciones abogaron por una revaloración de lo propio; tanto en lo político como en la expresión cultural. Dentro de esta valoración se buscaba definir las características particulares raciales e históricas de lo nacional (Pérez Montfort, “Indigenismo” 519).

Como ocurre con frecuencia, la necesidad política de construir una ideología nacional y una identidad mexicana permeó desde luego en las artes, incluida en estas la literatura. Según leemos en Sheridan, la cultura y las artes fueron el nicho perfecto en el que el nacionalismo actuó como un premio de consolación para una sociedad que no recibía soluciones a los problemas sociales y económicos que atravesó el país luego de la guerra civil. Cualquier literatura, ya fuera por los temas tratados, los estilos o las influencias del extranjero, podría representar una amenaza al gobierno instalado tras la Revolución (*México* 28).

Después del furor revolucionario, las élites intelectuales continuaron ocupándose del tema de la mexicanidad. El mundo académico y artístico se convirtieron en escuelas de nacionalismo que servían a los intereses políticos de los gobiernos posrevolucionarios. Este

cruce entre la ideología nacionalista y los proyectos y posiciones políticas dieron pie a confrontaciones en varios sectores (Pérez Montfort, “Indigenismo” 517, 518).

Según explica Guillermo Sheridan, la polémica literaria de 1932 conlleva antecedentes como la Revolución mexicana, el congreso de escritores y artistas de 1923 y la polémica sobre el afeminamiento de la literatura mexicana en 1925 (*México* 25, 31, 35).

Antecedentes de la polémica literaria de 1932

La Revolución mexicana había representado un cambio en la mente de los mexicanos y les había despertado una conciencia de la nacionalidad más allá de los conceptos de nación de finales del siglo XIX. El movimiento revolucionario había representado la oposición al marco referencial que había construido el porfiriato, sin embargo, una vez que los dirigentes revolucionarios comenzaron a fundar sus instituciones, los caudillos se convirtieron en la nueva fuerza política y ejercieron recursos de coerción para mantener el poder al igual que lo habían hecho sus antecesores (Sheridan 25).

El régimen de los revolucionarios deseaba establecer su idea de nacionalidad de la que su propio movimiento era el epítome de lo nacional. Esta versión de lo nacional fue ampliamente distribuida por la Secretaría de Educación bajo la dirección de Vasconcelos, quien se refería a la idea nacionalista del movimiento revolucionario como la “genuina nacionalidad” (Sheridan 27).

Para poder descubrir la “genuina nacionalidad” los intelectuales y los artistas debían decidir si serviría mejor al país que la literatura se modificará a fin de alinearse con los ideales de la Revolución y su proyecto de nación o si la literatura debía seguir su propio curso sin apegarse a temas, estilos o ideologías políticas (Sheridan 30).

En cuanto al Congreso de Artistas de 1923, la polémica se centra entre el nacionalismo y el cosmopolitismo. Este congreso fue convocado por Vasconcelos. El congreso se realizó con el

propósito de crear una política en la que se pudiera utilizar la cultura como medio para llevar resolver las necesidades de la Revolución y con el afán de impartir educación a un pueblo que se reconstruía tras la guerra. Vasconcelos deseaba traer a México una revolución estética (Sheridan 31,32). Para lograr esta revolución estética, Vasconcelos exigía a los artistas producir el arte que demandaba la realidad nacional. Según Vasconcelos, el escritor debía escribir para las masas, con el propósito de acercar la cultura a las mayorías. La literatura, tenía la obligación de contribuir a la formación de la recientemente surgida nación y a la “unión espiritual” de los mexicanos; por último, el escritor tenía la responsabilidad de escribir literatura pedagogizante y formativa (Sheridan 33,34).

Dos años más tarde, la polémica literaria de 1925 se centró en el “afeminamiento de la literatura” y el “derecho revolucionario”. Esta polémica se inició por Julio Jiménez Rueda y otros escritores del *Universal Ilustrado*, una importante revista literaria de la época. El escritor se quejaba del “afeminamiento” del intelectual mexicano, que según el escritor había perdido su “gallardía, altivez y tosquedad”. En esta polémica, la identidad nacional se relacionó con la virilidad y la capacidad de los intelectuales de exhibir actitudes consideradas masculinas, como los modelos anteriores de intelectuales mexicanos (Sheridan 37).

La polémica de 1925 derivó en un enfrentamiento entre los antiguos y los modernos. Al final, los que defendían que los escritores debían ser también conciencia social del pueblo, aseguraban que “los hombres de México” debían escribir de manera viril, dicha virilidad se medía en la disposición de escribir en acuerdo con las costumbres, tradiciones, esperanzas y anhelos de la nación; o de lo que, según los escritores del *Universal Ilustrado*, escribían los “verdaderos hombres mexicanos” (Sheridan 36).

Para ese entonces, los Contemporáneos, ya habían despertado un sentimiento negativo en el ambiente literario. Las descalificaciones en su contra empeoraron conforme se publicaron sus primeros textos, de tema intimista y lírico; las representaciones de obras vanguardistas europeas y norteamericanas en el teatro *Ulises*; la publicación de la *Antología de la poesía mexicana moderna*; y las revistas *Ulises* y *Contemporáneos*.

Los jóvenes Contemporáneos no representaban a los intelectuales viriles impulsados por las instituciones. Eran jóvenes ciudadanos de clase media, con una educación privilegiada. Por si fuera poco, el grupo sostuvo una actitud de crítica severa frente a la Revolución con una autopercepción de generación de la posrevolución (Sheridan 40). Los Contemporáneos se negaban ajustarse a un arraigo localista, por el contrario, asumieron un espíritu creativo arraigado en el internacionalismo, el plurilingüismo y la vanguardia literaria (Sheridan 41). Los Contemporáneos se alineaban al pensamiento de Gide en cuanto al universalismo y el nacionalismo: "...que no hay obra de arte de significación universal que no tenga antes una significación nacional; ni una significación nacional que no tenga previamente una significación personal" (en Sheridan 43).

A principios de los años treinta, el debate de 1932 se inclinó a tratar el tema del clasismo y el nacionalismo en las artes. Para 1947, los artistas e intelectuales se preguntaban si estaba en "crisis" la Revolución y si existía "lo mexicano" (Díaz Arciniega 24).

Rivas Mercado murió en 1931, sin embargo, como la mujer adelantada a su tiempo que fue, en sus textos analizó la postura de Alfonso Reyes sobre "lo local" y desarrolló los tipos mexicanos en su novela y sus cuentos. El objetivo de este capítulo es poner el pensamiento de Rivas Mercado en su contexto histórico a través de las críticas y representaciones del pensamiento de Alfonso Reyes y de las conversaciones que los Contemporáneos, Javier

Villaurrutia y José Gorostiza, sostuvieron con otros escritores después de la muerte de Rivas Mercado.

La polémica de 1932 trató particularmente sobre “lo mexicano”. Este conflicto contempló las opiniones de los Contemporáneos sin incluir las de Antonieta Rivas Mercado a pesar de que se encuentran similitudes y de que Rivas Mercado fue una escritora que tuvo mucha de la participación cultural con los Contemporáneos.

La polémica literaria de 1932

Según lo describe Sheridan, el inicio de la polémica se le atribuye a una encuesta publicada por el escritor Alejandro Núñez en el periódico el *Ilustrado*. Una de las preguntas que Núñez dirigió para los Contemporáneos en su encuesta, se relacionaba directamente con el debate sobre el universalismo. Una de las preguntas pertinente al universalismo era la siguiente: “La literatura en México ¿debe seguir un ritmo universal, mejor dicho, europeo, o por el contrario debe ir hacia el último eslabón de la tradición literaria mexicana?” (Sheridan, *México* 112).

Dado que entre los intelectuales ya se había discutido la “genuina nacionalidad” y las aspiraciones de formar un espíritu compartido entre los mexicanos, la polémica de 1932 proviene del cabo suelto que representaba la literatura. La música y el muralismo habían aceptado la tarea de formación, pero en la literatura todavía existían grupos universalistas como el grupo los Contemporáneos o escritores como Alfonso Reyes. A los Contemporáneos se les reprochaba que actuaran como una mafia, que no respetaran a los iconos nacionales del arte, la literatura y la filosofía. Además, se les acusaba de desorientar a los jóvenes artistas y de que sus obras no se ocuparan de los problemas nacionales.

Ante estas acusaciones en relación con la crisis de la literatura, contestaron Salvador Novo y Bernardo Ortiz. Por su parte, José Gorostiza y Samuel Ramos respondieron a la polémica sobre el cosmopolitismo. (Sheridan, “Entre la casa y la calle: la polémica de 1932 entre nacionalismo y cosmopolitismo literario” 390).

Javier Villaurrutia respondió con una actitud positiva en cuanto al trabajo de los Contemporáneos justificando que ellos produjeron literatura mejor que la que se escribía en su época y que la búsqueda de lo local no era más que el distintivo de la época presente:

...Solo lo mejor puede destruir lo nuevo. Nosotros fuimos mejor que lo ‘otro’. Y respecto a nuestra forma, que los maliciosos llaman fórmula, no es nada más que modalidad, el giro o la intención que responde al tiempo en que se vive. Actualmente lo ‘local’ es lo ‘universal’. Todas las épocas literarias llevan el distintivo, el sello de la modalidad del tiempo. A este respecto, nosotros debemos estar satisfechos. Estamos perfectamente sincronizados en el ritmo de todos los meridianos. (en Sheridan, *México* 117)

Con una opinión negativa sobre la obra de los Contemporáneos, José Gorostiza respondió al cuestionamiento diciendo que las vanguardias habían sido un aprendizaje sobre la frivolidad de las modas europeas. A su vez, expone la supremacía de la escritura personal, la cual es inevitablemente afectada por la cultura de origen del escritor. Según Gorostiza, la autenticidad en la escritura sobrepasa en importancia a la búsqueda del valor universal de la obra:

Las modas ‘europeas’ sólo nos proporcionaban una satisfacción temporal. Pero hay que ser demasiado frívolo, hay que carecer en absoluto de cualidades personales para ser esclavos de las modas y estar siempre en torturante caza del último figurín importado. No. Hay que rectificar...Allá cada uno con su experiencia. Yo saqué la mía del vanguardismo y quiero aprovecharla haciendo acto de contrición. De ahora en adelante en lo mío, en lo bueno o malo, pero que será mío originalmente y además mexicano; que responda al medio que vivimos, que sentimos, que esté fuertemente ligado a nuestro conflicto, a nuestra sensibilidad, a nuestra mentalidad. La ‘universalidad’ en la literatura, cuando no es sentida, y aun siéndolo, corre peligro de quedar en mimetismo. Lo verdaderamente ‘universal’ es lo original, y lo original es lo que cada uno lleva en sí, en origen de capacidad creadora para expresar y sensible para recibir. Yo rectifico mi actitud ‘europeizante’. (en Sheridan, *México* 115)

El escritor Samuel Ramos se pronunció de manera similar en cuanto a la actitud europeizante de Contemporáneos: "...imitar a Europa es una pobre existencia para el escritor que se estime...Conviene buscar nuestro pulso y vivir conforme a su ritmo. Cultura europea sí, porque es cultural; pero hermandad con la tradición mexicana, que es entraña, sustancia" (en Sheridan, "Entre" 391).

Según explica Sheridan, los Contemporáneos tenían predilección por lo "propio" por encima de lo "nuestro". Lo "propio" definido como la experiencia de pertenecer a una tradición, y lo "nuestro" como la manera nacionalista que resultaba una forma obsoleta de relacionarse con la identidad. Los Contemporáneos se identificaban con un nacionalismo sin aversión a lo extranjero (*México en 1932* 44).

Según Sheridan, estas respuestas nos muestran algunos de los principios que justifican la aparición de las representaciones nacionalistas: 1. La idea de que la literatura debe responder a la biología de su país con su propia biología buscando "la entraña de su medio ambiente" (Sheridan, "Entre" 391). Es decir, que la literatura debe desarrollar un proceso propio y natural de acuerdo con los acontecimientos del medio en el que se desarrolla. Este proceso da como resultado la tradición. 2. Que la literatura debe tener temática de lo propio, su historia, su mentalidad, etc. (Sheridan, "Entre" 391). Cada uno de estos temas a lo largo de la historia serían los eslabones de los que se conforma la cadena de la tradición literaria nacional 3. Lo propio es lo universal, es decir, lo original es universal. Esto se refiere a que una obra adquiere valor universal por medio de la originalidad de las obras que se escriben acerca de lo que le es propio al escritor (Sheridan, "Entre" 391). 4. La literatura no nacionalista carece de referencias y por lo tanto desvía. Esto quiere decir que, si se introducen elementos extranjeros en la obra literaria, esta interrumpirá el desarrollo natural de la literatura de una nación. Además, la influencia de

una literatura extranjerizante ocasionaría que los escritores jóvenes produjeran más literatura fuera del canon nacional. Así, la tradición no será puramente nacional, sino que estará contaminada por elementos artificiales. (Sheridan, “Entre” 391).

Como pudimos ver, los Contemporáneos no fueron un grupo homogéneo. Algunos de ellos se retractaron de su actitud europeizante, mientras que otros afirman que la obra es nacional porque se escribe desde lo que uno es y el escritor está ligado a su nacionalidad. A su vez, para 1932, ya existía la idea de que lo nacional llega a ser universal a través de la capacidad creadora del artista que escribe una obra original o propia, es decir, que lo universal no es necesariamente lo europeo.

Para Rivas Mercado el interés en plasmar la discusión sobre el universalismo comienza con la escritura de su novela *El que huía*. En esta, aborda las diferentes opiniones sobre el universalismo y lo “local” a través de los diálogos de los personajes en su novela. La novela de Rivas Mercado se encontró en el archivo de Manuel Rodríguez Lozano. Tras la muerte del pintor, su amigo Ignacio Nieves Beltrán conservó el archivo hasta su muerte. Luego de su muerte, su esposa Concepción Bermúdez lo entregó a Isaac Rojas Rosilló, quien publicó la novela por primera vez en 1980. Más tarde Luis Mario Schneider también publicó la novela en 1987 (Acosta Gamas, *Antonieta Rivas Mercado. Tomo I*).

La discusión sobre literatura en la novela ocurre entre 6 personajes: Montparnasse un poeta español, Plekanof un pintor ruso, Leppents un escultor polaco, Jean Levy un editor judío-francés y el mexicano Esteban Malo. Rivas Mercado comenzó su novela con una discusión acerca del ‘color local’ e indicó que deseaba poner en boca de su personaje Esteban Malo las opiniones de Alfonso Reyes sobre el ‘color local’ en la literatura hispanoamericana (Rivas

Mercado, “Diario” 448). Aunque esta novela no fue considerada parte de la polémica, Rivas Mercado se adentró en ella antes de que comenzara oficialmente con la encuesta de Núñez.

El comentario que despierta el interés de Rivas Mercado fue publicado por Alfonso Reyes en *Monterrey*, en un artículo llamado “Guardias de la pluma”. El texto de Alfonso Reyes aborda el problema de la literatura hispanoamericana de la siguiente manera:

En París, y en toda Europa pirenaica, se reducía a esto: allá solo piden al hispanoamericano que sea pintoresco y exótico, y este género de literatura, mediocre en sí mismo, sólo seduce a los mediocres. La literatura europea se basta en cuanto a ideas, religión, filosofía, ética, estética, lírica; y sólo se decide asomarse al libro americano en busca de alguna curiosidad, a caza del grano de especia. Y precisamente nuestro escritor, si realmente lo es, huye como de la peste de todo abuso del llamado “color local”, ¡y procura escribir libros de valor universal y no puramente curiosidades o si quiera “documentos humanos”! Este extremo no tiene más solución que el que las minorías selectas de América, tan dadas a la literatura de ideas y al lirismo abstracto, hagan el esfuerzo de ir a la literatura de invención, y arrebatan a los ramplones el privilegio de escribir novelas y cuentos regionales. (125)

Rivas Mercado contestó a Reyes en su diario negando que los escritores hispanoamericanos no hayan podido escribir obras universales a causa de su raza, sino que existe otro motivo por el cual hacen uso de las *platitudes* que critica el escritor:

El escritor nuestro, caro Alfonso, débil y conciliador, no se ha elevado a la yertas mesetas del “valor universal”, como eufóricamente les llama, por ser escritor de raza, al contrario, solo por haberle faltado enjundia. Es por no saber dominar y castigar ese famoso “color local” que recurre a *platitudes* de la talla de *Pero Galín* y *Margarita de Niebla*. Es por debilidad y no por fuerza. (“Diario” 448)

Alfonso Reyes también afirma que Europa tiene responsabilidad en la producción literaria de Hispanoamérica debido a que quedan escritores que consideran que la literatura hispanoamericana sólo tiene valor si es extravagante y en dosis moderadas (“Guardias de la pluma” 126). Ya en su novela, Rivas Mercado plasma la discusión y nos presenta su opinión en voz del ruso Líper Plekanof.

La novela comienza con un diálogo en el que el personaje de Levy afirma que los escritores en América procuran no ahogarse en lo incidental y huyen de lo pintoresco. Como contestación, Esparza afirma que la literatura hispanoamericana no tiene personalidad: Si el color local es Sycla. Caribdis es el afán de brotar ramas cuando aún no se tienen raíces, queriendo hacer obra universal cuando no se ha empapado del espíritu en el medio propio (*El que huía* 279).

Malo responde a Levy diciendo que el hombre de letras aspira a ser apreciado en el extranjero y que únicamente se estima a lo extranjero a título de curiosidad (*El que huía* 279). Ante estas aseveraciones Rivas Mercado contestó en voz de Plekanof: “Es decir, Malo, que usted no escribe para triunfar entre sus conciudadanos, adquiriendo renombre; que usted no pinta, Zacarías, para entregar su mundo interior, sino simplemente para ser tomado en cuenta aquí en estos vertiginosos círculos cosmopolitas de París” (*El que huía* 279). En este argumento, podemos observar la crítica que hace Rivas a Alfonso Reyes y la búsqueda de la aceptación de la literatura hispanoamericana en Europa.

A su vez, el concepto de entregar el “mundo interior” es la única manera en la que el escritor pueda crear obras genuinas y originales. El conocimiento de lo propio fue uno de los argumentos importantes en la postura literaria y política de la autora, para poder escribir con originalidad y verdad hay que conocerse a uno mismo. Ella misma, al iniciar la escritura de su diario dice: “...limitación que es preciso que venza, si quiero llegar a escribir con verdad... Esa verdad que lleva uno dentro, que alimenta, teme y adora. Esta verdad íntima, difícil de forzar como una virgen” (“Diario” 439). La búsqueda de lo genuino y lo propio se relaciona con el ideal nacional de que el propósito de la literatura debe ser dar cuenta de lo propio.

Con relación a este tema, la autora continúa con la conversación en la que defiende la importancia del conocimiento propio y las consecuencias de ser una cultura que ha perdido lo propio para adoptar lo extranjero. Para introducir este tema, la novela continúa con una referencia al comentario de Reyes en “Guardias de la pluma”:

-...Malo afirmó en un principio que la literatura en Hispanoamérica, él, bueno, huye como de la peste del color local único que solía interesar en Europa...
-..., no se puede modificar el medio al cual se pertenece. Allá todo es confusión, no hay valores, hemos perdido hasta la tradición...Aprendimos a pensar, a sentir como la gente de aquí... (*El que huía* 280).

Conocemos el punto de vista acerca de esta aseveración por medio de la novela, pero también por su diario, en el que encontramos el punto de vista que desea plantear a través de Plekanof. Sabemos por voz de Plekanof que Rivas Mercado consideraba que las influencias extranjeras habían cegado el entendimiento de lo propio: “No es la demanda europea de lo curioso, sino lo chocante que hemos encontrado nuestras propias cosas, lo que nos hace refutarlas...El falseamiento del sentimiento propio, menguado, como arruinado, sin legitimidad, encubierto por la afectación del pensamiento ajeno” (*El que huía* 448).

Además de la relación con su obra personal, Rivas Mercado aseguraba que el desconocimiento de lo propio en la literatura hispanoamericana era en realidad la razón por la que no se había podido desarrollar a la par de la literatura europea y no había alcanzado el prestigio que podría tener en el extranjero. Según la autora, el error de los escritores hispanoamericanos no era su raza o sus obras pintorescas, tampoco era la actitud de la academia europea, sino la falta de interés en el desarrollo de lo propio:

La literatura hispanoamericana seguirá siendo pálido reflejo, copia grotesca, intrascendente emborronar, en tanto los hombres de allá, ...- no logren descubrir cuál es el aspecto íntimo, único del mundo en ustedes mismos, de su universo. Y cuando lo hayan arrancado, como buzos que ahoguen las ondas, volverán a nuestras riberas trayendo entre sus manos conchas donde perlas de oriente único reposan. Mientras no vale la pena. (*El que huía* 282)

Ya en “A vuelta de correo” Reyes defendió su postura. Sheridan identifica veinte principios como respuesta, de los que abordaré aquellos que responden a las críticas de Rivas Mercado. Aunque cabe destacar que Alfonso Reyes no contestó oficialmente a Antonieta Rivas Mercado cuando ella contestó al artículo de Reyes “Guardias de la pluma” por medio de *El que huía*, seguramente debido a que sus opiniones no habían sido publicadas en ese momento.

En relación con la acusación de Rivas Mercado de querer escribir lo universal sin primero conocer lo propio, años después Reyes “A vuelta de correo”, contestó: Nada puede sernos ajeno, sino lo que ignoramos. La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo” (en Sheridan 407). En su respuesta, Reyes arguye que lo mexicano no es necesariamente lo propio y que lo ajeno no es lo europeo, sino que lo propio tiene relación con lo universal mientras que se pueda hacer esta relación por medio del estudio. Esto legitima la escritura sobre cualquier tema, estilo o ideología sin ser acusado de “descastado” como lo fue Reyes. El escritor apoyaba en general la variedad de ideas. Mientras que Reyes defendió existía una relación entre lo local y lo universal, también ofrece su opinión sobre la literatura hispanoamericana y su lugar en el mundo. Reyes argumenta que en el extranjero lo mexicano lo folklórico, lo pintoresco o lo costumbrista. El autor afirma que lo nacional reside en una intimidad psicológica, involuntaria e indefinible (en Sheridan 408).

En esto coincidió Reyes con Rivas Mercado, ya que precisamente ella quería dedicar su novela a hacer personajes puramente mexicanos sin caer en lo folklórico que criticaba Reyes: “Pretendo hacer tipos. Tipos nuestros, del momento y permanentes, y quiero *ligar* aquel cráter de volcán aislado del universo, que es nuestro medio, con el mundo. Quiero echar un clavado en

medio de lo más puramente mexicano, sin ‘jicarismo’, sin que a nadie se le ocurra hablar de “color local” (“87 Cartas de amor”421).

Conclusión

Es un hecho que Rivas Mercado vivió una época de grandes debates. La creación de nuevas instituciones trajo la necesidad de desarrollar un pensamiento en el que dichas instituciones se pudieran sostener. Rivas Mercado se rodeó de artistas y académicos desde su infancia. En su vida profesional también se rodeó de grandes personalidades de su tiempo. Alfonso Reyes, el grupo los Contemporáneos, Diego Rivera, Federico García Lorca, entre otros. Rivas Mercado fue una mujer cosmopolita que conoció del arte francés y español y estudió filosofía europea. La autora no temió conocer y aprender el teatro francés ni hablar de política rusa. Al mismo tiempo, Rivas Mercado se interesó profundamente en el arte de su propio país, no solo como mecenas, sino que dedicó su gran parte de su obra escrita a encontrar y definir el tipo mexicano sin caer en aquellas platitudes de las que habló Alfonso Reyes.

Luego de la muerte de Rivas Mercado, aquel tema que la apasionó se convirtió en polémica nacional. Ni Alfonso Reyes, ni los Contemporáneos, ni Rodríguez Lozano, quien tenía en posesión muchos de los textos de Rivas Mercado, mencionaron la autora en la polémica de 1932. Los libros que recogen las opiniones de esta polémica tampoco mencionan la obra de Rivas Mercado.

En cuanto a lo literario, para Rivas Mercado fue importante el autoconocimiento y el aprecio de lo propio. El móvil de su obra fue eso mismo, encontrarse como escritora y entregar al mundo su interior. Rivas Mercado desarrolló su pensamiento literario a través de la escritura de su obra. El amor a lo mexicano también la llevó a involucrarse en la intensa política del país.

CAPÍTULO III: EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE ANTONIETA RIVAS MERCADO LA REVOLUCIÓN, EL VASCONCELISMO Y LA MUJER MEXICANA

Así como Antonieta Rivas Mercado creía en la necesidad de conocer lo propio en relación con lo nacional, también creía en conocerlo en cuanto al género. En la búsqueda de lo propio, que en este caso era lo mexicano y lo femenino, Rivas Mercado plasmó sus reflexiones sobre la mujer mexicana en sus ensayos.

Mi objetivo en este capítulo es plantear primeramente el análisis sociológico de Rivas Mercado sobre la mujer mexicana y relacionarlos con la postura política de la autora sobre la Revolución y el movimiento vasconcelista. Para lograr este objetivo utilizaré los ensayos de Rivas Mercado “La mujer mexicana” e “Ideales de la mujer: maternidad vs. igualdad de derechos”. Además de este análisis, planteo una comparación con la filosofía de José Vasconcelos sobre lo nacional y lo sajón. Este análisis servirá como base para el análisis de los cuentos de Rivas Mercado que abordaré en el capítulo siguiente.

La participación política de Rivas Mercado es conocida principalmente por su apoyo económico a la campaña de Vasconcelos y la crónica de los acontecimientos de la misma. Incluso esta participación ha pasado a segundo término ya que se suele enfatizar la relación romántica entre Rivas Mercado y Vasconcelos. Se ha acusado a la autora de haber apoyado la campaña de Vasconcelos por mero interés romántico, pero al adentrarse en el pensamiento de ambos, encontraremos las razones que las unieron y aquellas que identifican el pensamiento individual de Rivas Mercado. No obstante, más que su relación personal, es más interesante conocer la relación ideológica que unió a dos figuras tan importantes en la historia mexicana del siglo XX. Ambos pensadores participaron en el debate de lo nacional y creyeron en la educación como medio de emancipación. Rivas Mercado y Vasconcelos creyeron en un nuevo proyecto nacional.

Por medio de las cartas que escribió Rivas Mercado a Manuel Rodríguez Lozano, tenemos la oportunidad de conocer de primera mano el inicio de la relación política entre Rivas Mercado y Vasconcelos. Luego de conocerse, a mediados de 1929 Rivas Mercado acompañó a Vasconcelos al norte de México como parte de la agenda de su campaña (Henestrosa 21).

Cualquiera que acuse a Rivas Mercado de financiar la campaña política de Vasconcelos por interés romántico, encontrará en sus cartas y su crónica el aumento de interés de la autora por la promesa del movimiento vasconcelista. Las cartas a Rodríguez Lozano muestran este creciente interés de Rivas Mercado en el movimiento vasconcelista.

En las primeras observaciones de la campaña se percibe un tono neutral. La autora describe cierta duda sobre la posibilidad del triunfo de Vasconcelos: “Parecen estar todos a uno, dispuestos a seguir las instrucciones estrictas de Vasconcelos... Toda esta gente sólo habla de levantamiento y da dinero, yo sigo sintiendo que sólo el milagro cuajará aunque se le siente con una fuerza que en la capital es insospechada” (Rivas Mercado 377).

Casi un mes después, en la carta del primero de septiembre, se nota una admiración que crece por el personaje y por el movimiento: “Si México cae con Vasconcelos, tendremos que agradecerle habernos dado, en lugar de una última vergüenza, un primer título de honra” (Rivas Mercado 381). En sus ensayos, podremos leer por qué la autora consideraba el vasconcelismo como lo que sería el primer título de honra para su país.

La Revolución, la mujer mexicana y el vasconcelismo

La familia Rivas Castellanos fue excepcional en la historia de México. Sabemos que el padre, Antonio Rivas, fue el arquitecto elegido directamente por el presidente Porfirio Díaz para inmortalizar los festejos de aniversario de la independencia de México en 1910 (Bradú 32). José Vasconcelos en contraste, fue un aguerrido crítico de la dictadura porfirista. El político y filósofo

mexicano se exilió en los Estados Unidos en por lo menos dos ocasiones huyendo del régimen porfirista. Durante su exilio, el llamado Ateneo de la Juventud se dedicó a estudiar y a informar a diarios estadounidenses sobre los acontecimientos de mayor importancia ocurridos en México (Vera y Cuspinera 25). A pesar de los contrastes entre los círculos y las ideas que rodearon a Rivas Mercado y Vasconcelos, al encontrarse se embarcarían juntos en uno de los proyectos políticos más importantes de la historia de México. Ambos pensadores coincidieron en un espíritu nacionalista. Sin embargo, el conocer más a fondo las preocupaciones individuales de ambos, nos permitirá matizar las semejanzas y las diferencias de su pensamiento político.

Aunque Rivas Mercado tuvo cercanía con grandes personalidades del mundo del arte, su mayor participación directa en la política no ocurrió hasta que acompañó a Vasconcelos en su campaña presidencial. Por el contrario, Vasconcelos tuvo una larga participación política en diferentes momentos de la historia del México. Como aguerrido partidario del movimiento revolucionario, el famoso educador mexicano apoyó a la Revolución como pensador y educador. Durante su época como rector de la Universidad Nacional, Vasconcelos llamó a los intelectuales a unirse a la Revolución que, según el Ateneo de la Juventud, era la redención del pueblo mexicano:

El cargo que ocupó me pone en el deber de hacerme intérprete de las aspiraciones populares, y en nombre de ese pueblo que me envía os pido a vosotros, y junto con vosotros a todos los intelectuales de México, que salgáis de vuestras torres de marfil para sellar pacto de alianza con la Revolución. Alianza para la obra de redimirnos mediante el trabajo, la virtud y el saber. (en Vera y Cuspinera 30)

Como podemos leer en el fragmento anterior, Vasconcelos creía en las promesas de la Revolución de cumplir con la deuda social de los grupos marginados en México. Por el contrario, Rivas Mercado arguyó que la Revolución no había representado un cambio verdadero. La autora expresó la siguiente crítica contra el movimiento revolucionario:

Una revolución significa primero un cambio interno y después un ajuste a los problemas de la vida. Y la actitud de todos los hombres en el poder durante ese tiempo- el llamado de los generales, Carranza, Villa, Zapata, Obregón, Calles - ha sido simplemente la de desatar los apetitos, no la de purificar y reconstruir una nación. (“Ideales de las mujeres” 325)

Aunque Rivas Mercado y Vasconcelos difieren en cuanto al movimiento revolucionario, ambos coincidían en que las leyes eran importantes agentes de cambio. Sin embargo, solo la acción de la sociedad podía garantizar un cambio para las mujeres mexicanas o las poblaciones indígenas que habían sido relegadas de la educación y de la participación política y social. En relación con esto, Vasconcelos afirmó:

La revolución pueden prepararla determinadas leyes de reglamentación de la riqueza o de organización del trabajo; pero sólo los maestros pueden consumarla, infundiendo en los espíritus la noción clara de los principios, sin alianzas con personalismos que los degraden, sin transacciones de conveniencia personal que los corrompan. (Vasconcelos en Vera y Cuspinera 29)

Ambos pensadores coincidieron en la necesidad de priorizar la educación. Aunque Vasconcelos entendía que la educación debía ser por medio de las instituciones de la Revolución a diferencia de Rivas Mercado. El ateneísta centró su campaña de educación en los pueblos indígenas en busca de la integración nacional (Vasconcelos en Vera y Cuspinera 29). Por su parte, Rivas Mercado apoyó la producción cultural de jóvenes artistas y escribió sobre la necesidad de la mujer mexicana de instruirse, de cultivarse y de aprender a pensar (“La mujer mexicana” 320). Para ambos pensadores la educación representaba la posibilidad de emanciparse.

Vasconcelos consideraba que la unión nacional era imprescindible para lograr la independencia de los países latinoamericanos frente al imperialismo de los Estados Unidos: “Para nosotros, nacionalizarnos es independizarnos de los diversos imperialismos económicos, morales y políticos, que han estado pesando sobre nuestro desarrollo individual y colectivo”

(Vasconcelos en Vera y Cuspinera 204). A su vez, la unión nacional requería la integración de los grupos indígenas en México. Para Vasconcelos estos grupos indígenas dispersos debían aprender la lengua común de México, se les debía proporcionar acceso a los adelantos de la vida moderna de los que solo se habían beneficiado las ciudades y debían ser educados, al igual que los obreros, para producir y consumir de acuerdo con las exigencias de la vida moderna (Vera y Cuspinera 29).

En cuanto a Rivas Mercado, la educación representaría la emancipación de la mujer y un cambio verdadero en la historia de la misma: “El cultivo de la mujer será el exorcismo que la limpie de su “bondad pasiva”, provocando reacciones que hagan cesar en México la repetición de un siglo de historia como el que contamos desde nuestra independencia” (“Ideales de las mujeres” 320). Así podemos ver cómo Rivas Mercado no considera que ninguno de los cambios en gobiernos o ninguno de los movimientos políticos ocurridos hasta ese momento habían entregado libertad para la mujer.

Rivas Mercado no reconoce la participación femenina en la Revolución mexicana como un verdadero cambio. La autora argumenta que la Revolución Mexicana y la Constitución de 1917 faltaron a sus promesas de llevar a cabo un verdadero cambio político. Aunque Rivas Mercado reconoce la participación de las mujeres en la lucha armada y la nueva legislación sobre el divorcio, las mujeres seguían bajo las expectativas morales de la sociedad, la autora argumenta que una verdadera revolución implicaría un cambio más profundo, como lo expresa en las siguientes líneas de su ensayo “Ideales de las mujeres”: “Una revolución significa primero un cambio interno y después un ajuste a los problemas de la vida... Y Revolución en el más puro sentido de la palabra es el despertar de las mujeres en 1929 tomando parte activa en la política de su país”. (325).

Además, según la autora el papel de la mujer en la Revolución mexicana no había sido realmente activo:

Bien es cierto que el fermento revolucionario de 1910 hizo brotar mujeres que apasionadamente se dieron a aquella causa; pero su labor no fue constructiva, sino sentimental. Sirvieron de propagandistas, fueron agitadoras, muchas veces admirables por su entereza, pero desempeñando siempre un papel secundario (“La mujer mexicana” 318,319).

Según Rivas Mercado, la verdadera participación de las mujeres comenzó con el involucramiento de ellas en el movimiento vasconcelista, al que se refiere como “el despertar de las mujeres de 1929”, ya que las mujeres formaron comités y clubes políticos (Acosta Gamas, *Antonieta Rivas Mercado Tomo: 1*). Por medio de las diferentes formas de referirse al movimiento revolucionario y al vasconcelismo, podemos ver la postura crítica contra el movimiento revolucionario y a favor del movimiento vasconcelista, en especial en cuanto a la incorporación de la mujer en la política. Más allá de sus afectos personales y de su experiencia como una mujer de la generación de la posrevolución. Antonieta Rivas creía en el vasconcelismo como un movimiento político que realmente había representado la participación activa política de la mujer: “Fue entonces, a mediados de 1929, cuando la causa de la mujer empezó a interesarse activamente en política, sumergiéndose en ella de manera entusiasta” (“Ideales de las mujeres” 327).

Según el análisis sobre la mujer mexicana de Rivas Mercado, una de las razones por las que las mujeres mexicanas apoyaron el vasconcelismo, fue debido a que ellas no perseguían derechos para sí mismas, sino que pensaban que su responsabilidad estaba en función de su papel de madres y el movimiento que beneficiaba a sus hombres era el vasconcelismo:

Se tiene que hacer la más honrosa mención de Inés Malvárez, Elena Torres, Elena Vázquez Gómez, y cientos de otras que desde el principio estuvieron donde sabían que debía de encontrarse toda causa de la mujer. Al lado de Vasconcelos. Porque su gobierno significaría educación para sus hijos, protección para sus maridos, padres y hermanos,

quienes habían visto los últimos años de sus vidas y sus propiedades a merced de crueles e ilegales generales. (“Ideales de las mujeres” 327)

De acuerdo con Rivas Mercado, las mujeres se integraron a la política para favorecer la causa de sus hijos y maridos, una vez lograran el triunfo, la autora anticipaba que las mujeres volverían a ejercer su papel en el hogar:

Se puede tener todavía más, ver que las mujeres mexicanas tienen en José Vasconcelos, el legítimo candidato electo, alguien que dé a sus compañeros las garantías que piden y que a partir de ese punto se han ganado, a pesar de haber sido una sangrienta batalla. No me sorprenderá verlas regresar tranquilamente para atender a sus hogares, sacar adelante a sus hijos y, después, borrarse cuando sus compañeros discutan sobre política y no muestren el más mínimo interés en el Sufragio, no obstante que ahora ellas están llenando las cárceles y desafiando las enfermas y gastadas fuerzas del Gobierno en más de una dirección, pero es porque están obedeciendo lo que Dios les ordenó: ser las madres de sus hombres. (“Ideales de las mujeres” 328)

En cuanto a los resultados de la Constitución de 1917, Rivas Mercado explica que a pesar de existan leyes que brinden protección a las mujeres, existen otros aspectos que no le permiten disfrutar de dichas leyes. Dentro de la Constitución de 1917 mencionada por Rivas Mercado, se encuentran en efecto varios artículos relacionados con la dinámica dentro del matrimonio y la familia. Estos artículos presentan leyes que otorgan la igualdad en poder de decisión entre hombres y mujeres dentro del matrimonio, prohíbe los ‘robos’ de mujeres, los matrimonios forzados y garantiza el divorcio en situaciones de violencia, entre otros. Sin embargo, la autora argumenta que esto no asegura el cambio social:

Uno de sus capítulos (refiriéndose a la constitución de 1917 se llama “Relaciones familiares”, supuestamente muy avanzado, que favorece ampliamente a las mujeres al concederles el divorcio. Siendo católicas, no había de ser de gran utilidad para ellas...En ciertos Estados como San Luis Potosí y Yucatán en los que algún gobernador decidió ser moderno, a las mujeres se les permitió votar. Pero en ningún caso despertaron y reconocieron su nuevo derecho. (“Ideales de las mujeres”, 325)

Rivas Mercado reconoció el avance legislativo en materia de género respecto al matrimonio y la familia, sin embargo, la autora no falla en realizar una crítica ante las fallas de la

Constitución, las cuales observó en la vida de la mujer mexicana. El argumento de la escritora puede entenderse con la explicación que ofrece Sánchez Prado con respecto al fenómeno de la Revolución y la Constitución de 1917:

El resultado fue un Estado que incorporó a su estructura y a su discurso a muchos de los sectores que, anteriormente, se encontraban en posiciones de disenso: sindicatos, organizaciones campesinas, movimientos populares. Poco a poco, por la vía de la institucionalización y la represión, México desarrolló un Estado fuerte que respondía a las demandas del conflicto bélico de la década anterior. La escritura de una constitución, sin embargo, no garantiza el establecimiento de esa “camarería horizontal” ...La “comunidad imaginada,” entendida como ese espacio simbólico y soberano que identifica a todos aquellos que forman parte de la nación, requiere de mecanismos más sutiles, sobre todo de índole cultural, para su establecimiento. (15,16)

Cabe resaltar que, aunque no es poco común hablar de las fallas de la Revolución a día de hoy, la crítica del movimiento revolucionario en el tiempo de Rivas Mercado representaba un ataque directo al movimiento que brindaba legitimidad a la cultura revolucionaria como la fuente de la identidad nacional. Tal como lo define Sánchez Prado, Rivas Mercado entendía aquellos mecanismos culturales que forman la identidad de las naciones y dentro de estas resaltó la influencia de la religión católica en relación con la identidad mexicana. El movimiento vasconcelista fue profundamente nacionalista, el dirigente se concentró en justificar su movimiento en términos de raza, mientras que Rivas Mercado proporcionó un estudio sobre la mujer que justificaba un nacionalismo basado en la religión que unía a las mujeres mexicanas y que rechazaba toda influencia religiosa, social y política que contradijera a lo que era propio de la nación.

El catolicismo: fábrica de mujeres mexicanas

En “La mujer mexicana”, Rivas Mercado reiteró que no podía hasta ese momento hablarse de un tipo mexicano (317). La autora argumenta que esto se debe a que las culturas extranjeras que tuvieron influencia en el territorio mexicano no lograron formar una mezcla

homogénea a partir de la herencia española y los pueblos nativos de México 317). En la búsqueda de los elementos que constituían la mexicanidad, Rivas afirmó que, aunque no se podía hablar de un tipo mexicano, existía una influencia común que había marcado a las mujeres de México, la religión católica (318).

En el mismo texto, la autora define a la iglesia católica como una “fábrica de trajes a la medida”. Según dice Rivas Mercado, las mujeres en México buscaban identificarse con la apariencia propia de alguna de las culturas que convivían en México de acuerdo con su clase social. Sin embargo, las diferencias eran en realidad superficiales y sobrepasadas por la influencia moral de los dogmas del catolicismo (318). Rivas Mercado conocía que la educación en México estaba condicionada por la posición social y que muy pocas mujeres tendrían la oportunidad de recibir otra educación que no fuese la educación moral que la iglesia y la sociedad les proporcionaba a las mujeres. Según Rivas Mercado, la mujer mexicana era en su mayoría ignorante y pasiva a causa de dichas enseñanzas (“La mujer mexicana” 318). La autora critica el hecho de que la pasividad y la docilidad de la mujer mexicana no tuvieron un resultado positivo en la sociedad a pesar de que socialmente se les reconocía como virtudes (“La mujer mexicana” 318). Rivas ataca tajantemente la pasividad: “Claro está que con mujeres cuya bondad misma se define negativamente, es inútil buscar su manifestación positiva en la sociedad en que viven. Las mexicanas no actúan...Extraño concepto de la virtud femenina que consiste en un ‘no hacer’” (“La mujer mexicana” 318-319).

Rivas Mercado expresó que las mujeres no debían dar únicamente la vida física, sino proporcionar también la vida moral (“La mujer mexicana” 320). Aunque este pensamiento ya se leía en otras autoras decimonónicas como Laureana Wright, Rivas Mercado tenía una idea más allá de la educación. Para la autora, la educación era únicamente el primer paso, después

vendría el entendimiento de lo femenino a través del ojo propio de las mujeres y el desarrollo de una lógica femenina: “Puede repugnarles a las mujeres emplear la lógica masculina; pero como no ha elaborado una propia, antes que preconizar que lo haga más vale urgirla a que venza su resistencia y aproveche la existente; si puede que la modifique y se valga de ella para hacer sentir su presencia...” (“La mujer mexicana” 320).

De acuerdo con Rivas Mercado, para poder cambiar el pensamiento hasta entonces arraigado en la mente de las mujeres, hace falta primero la información para alimentar un pensamiento diferente. Hay que probarle a la mujer que la pasividad no son las virtudes positivas que les han hecho creer. La autora denuncia los efectos negativos de la crianza de las mujeres para la sociedad: “Pero ya es tiempo de decirles que se trata de un poco de éter o cloroformo sentimental que el hombre les ha estado dando. Si la bondad de la mujer no hubiera sido una ilusión piadosa, se reflejaría en sus hijos, en sus maridos, en todos aquellos hombres accesibles a su influencia” (“La mujer mexicana” 319)

Aunque Rivas Mercado deja clara su postura en cuanto a la pasividad de la mujer mexicana y reconoce su relación con la educación católica, la autora profesó esta fe hasta su muerte y denunció abusos en contra de la iglesia católica en México en su crónica. Tanto Rivas Mercado como José Vasconcelos relacionaron la fe católica con lo mexicano.

Así como para Rivas Mercado la mujer mexicana era católica, Vasconcelos se pronunció abiertamente en contra de la influencia de otras religiones en territorio mexicano, en particular el protestantismo. Y así como Rivas Mercado describió a la mujer mexicana, José Vasconcelos escribió sobre las diferencias entre latinoamericanos, a quienes considera en el mismo grupo que al mexicano, y los sajones.

Para Vasconcelos aceptar otras religiones era aceptar la influencia política y económica del imperialismo estadounidense. Según el pensador, el catolicismo era parte de la identidad nacional al ser el mestizaje entre la cultura española y la indígena mexicana. Vasconcelos defendía que existía una lucha cultural y de sangre entre la influencia imperialista de los Estados Unidos y que había que defender la cultura mestiza de México (Vera y Cuspinera 201). La religión era parte de esta lucha:

Esa lucha debe llevarse a cabo en todos los frentes, pues la expansión sajona asume a sí mismo las expresiones más variadas: promueve la división política, fomenta la independencia de los pueblos latinoamericanos, intenta romper el lazo indo-español que los une, difunde el protestantismo; en suma, opone sus formas culturales a las que heredamos de España. (*El pensamiento filosófico de Vasconcelos*, Vera y Cuspinera 202)

Rivas Mercado defendió a los católicos en medio de la guerra cristera. Rivas Mercado criticaba duramente al gobierno de Calles, entre otras cosas, por el creciente poder del protestantismo y la amenaza que eso representaba para la herencia española que identificaba a México. En su crónica de la campaña de Vasconcelos, Rivas Mercado recoge un discurso de Vasconcelos:

Es necesario que recordemos, que sintamos que los católicos son nuestros hermanos y que es traición a la patria seguirlos exterminando...Exageración que nos ha conducido al bochornoso espectáculo del privilegio que a costa del católico ha ido ganando el protestante...Y así México se queda sin religión castiza...sucede que entre nosotros solo la secta extranjera puede acercarse a las almas ..., porque su bandera no es la humilde tricolor, sino otra que se respalda con escuadras navales y con ejércitos. ("La campaña de Vasconcelos" 51)

Vasconcelos temía que la influencia estadounidense siguiera permeando en la cultura de México por medio de la cultura y la religión, ya que consideraba que los imperialistas estadounidenses utilizaban propaganda de todo tipo para ganar terreno en suelo mexicano, lo que robaría a México de su identidad y lo haría más propenso a someterse a los Estados Unidos:

Y es protestantizante y es proimperialista toda propaganda de renacimiento cultural indígena autóctono, así se revista con los disfraces del comunismo. El retorno a la monstruosidad azteca o a la modorra incaica sería aparte de imposible, suicida para la

competencia que hemos de librar con todas las naciones en el manejo de los destinos americanos. No hay sino criollo como elemento defensivo contra la absorción extranjera. Y lo criollo ya se sabe, es hispánico, es mediterráneo, es latino. Y no es protestante, sino católico. (Vera y Cuspinera 208)

Como pudimos leer en las citas anteriores, tanto Rivas Mercado como Vasconcelos consideraban la religión católica como eje central de la cultura mexicana y en el caso de Vasconcelos, como protección ante lo extranjerizante. Al igual que con el tema de la educación, Vasconcelos centró sus esfuerzos en unificar la cultura con base en la historia racial de México. Rivas Mercado por su parte basó su análisis de la mujer mexicana en su relación con el catolicismo, es decir, Rivas Mercado se enfocó en el género y Vasconcelos en la raza, ambos con relación a la religión que consideraban parte de la ideología política utilizada por los poderes imperialistas para adquirir poder político y económico. Bajo el siguiente subtema, plantearé las razones por las que Rivas Mercado afirmó que el feminismo no se desarrolló en México a causa de la educación católica de la mujer.

El feminismo sajón y la mujer mexicana

De acuerdo con Rivas Mercado, el feminismo había fallado en ofrecerle a la mujer mexicana una razón válida para interesarse en dicho movimiento. Las mujeres norteamericanas tenían ya garantizada la igualdad política y sexual (“Ideales de las mujeres” 323). Las diferencias fundamentales entre las sajonas y las mujeres latinas representaban un vacío imposible de cruzar. Las mujeres inglesas y norteamericanas, descendientes de mujeres guerreras como la Reina Isabel, tenían como objetivo ejercer participación como sujetos políticos.

Las mujeres latinas por su parte encontraban en la maternidad, siguiendo el ideal de la madre de Jesús, la realización de su existencia (“Ideales de las mujeres” 323). De esta manera, lo que ofrecía el feminismo era para las mexicanas una cuestión de poco interés (Rivas Mercado, “Ideales de las mujeres” 326). Así como Rivas Mercado diferenció a la mujer latina de la mujer

sajona, Vasconcelos también definió las diferencias entre el latinoamericano y el sajón. Como seguidor de José Enrique Rodó, Vasconcelos también condenó el intento de imponer lo sajón y borrar lo latino al considerar lo sajón como la corrección de los errores en lo latino (Vera y Cuspinera 200).

Aunque Vasconcelos denunciaba la negación de lo propio por adoptar lo extranjerizante, Rivas Mercado estaba segura de que el feminismo había fracasado en México. Al referirse al feminismo en México, Rivas Mercado afirmó: “En México se ha dado el mismo fenómeno que en los demás países latinos; no hay feminismo. Ese injerto sajón no prendió en nuestro medio” (“La mujer mexicana” 319).

Según Rivas Mercado, las mujeres latinas no han buscado las libertades políticas y sexuales de las que las mujeres sajonas gozaban ya en aquel entonces. Esto debido a que ambos grupos tenían diferentes valores morales (*Ideales de las mujeres* 324). Las mujeres mexicanas tenían como modelo de mujer a una madre, por lo que entendían su responsabilidad como madres antes que como sujetos políticos:

Creen más firmemente de lo que tal vez aparentan, que, en la división del trabajo establecida por Dios, se confió a la mujer el cuidado de toda vida espiritual y, como consecuencia, su más grande modelo, el único y exclusivo modelo que deben de seguir no es el de la estadista reina Elizabeth sino el de María, la Virgen Madre, con su hijo, el Redentor en brazos. (*Ideales de las mujeres* 324)

A causa de que su modelo es el de una madre, Rivas Mercado argumenta que la única forma en que ellas aceptarían un cambio sería si dicho cambio se trajera en beneficio para sus hijos y maridos:

..., lo que aplicado a las mujeres mexicanas significa que, desde el punto de vista del feminismo, entendido por ellos la intervención directa en la vida política del país, no se les llamaría para que lucharan con toda su fuerza y poder por sus hombres; el feminismo resultaría entonces para las mujeres mexicanas una palabra ridícula y vacía. (*Ideales de las mujeres*, 326)

El feminismo norteamericano que conoció Rivas Mercado le resultaba un elemento que no podría ser adoptado por las mujeres mexicanas a causa de su naturaleza extranjera. Además,

en plena formación de la nación, el adoptar las filosofías norteamericanas representaban una traición a la patria. Ambos pensadores dan ejemplos naturales de lo que es natural a la mujer mexicana. En el caso de Rivas Mercado, ella enfatiza la maternidad y la religión en la mujer mexicana. En el caso de Vasconcelos, el filósofo trató el tema de lo que es propio en relación con la raza, en particular lo que le es natural al criollo. Hay que entender en el caso de Rivas Mercado, su actitud frente al feminismo sirve al pensamiento de la autora con respecto a sus ideas sobre lo nacional o lo propio. Aunque la propia autora no se define como feminista y su crítica al movimiento sajón, la autora estuvo a favor de la educación de la mujer. Además, sus cuentos “Incompatibilidad” y “Equilibrio” cuentan historias de mujeres mexicanas y su realidad social. De la misma manera, sus ensayos tratan directamente la causa de la mujer como sujeto político y social.

Conclusión

Rivas Mercado se preocupó en su obra por definir lo mexicano. En una época de ajustes políticos, contiendas religiosas y formación de nuevas instituciones, fue menester que los intelectuales debatieran las ideas extranjeras, así como la definición de lo nacional y el desarrollo de lo propio.

Para Rivas Mercado, el movimiento feminista representaba lo extranjero, lo antinatural para las mujeres mexicanas. Para ser feminista se tendría que renunciar a ser católica lo que significaba para ella renunciar a ser mexicana y alejarse de la cultura latina. Además de las implicaciones sobre identidad, aceptar las ideas extranjeras significaba dar entrada al control del imperialismo estadounidense y por lo tanto a la traición a la patria.

Aunque frecuentemente se reduce a Rivas Mercado a la amante de Vasconcelos, ambos pensadores compartieron preocupaciones de su tiempo sobre la identidad nacional. Ambos

fueron católicos y creyentes en la educación como medio de emancipación. Por otro lado, cada uno tuvo sus propios intereses, Vasconcelos se concentró en las campañas educativas en áreas rurales, en comunidades indígenas y en las fábricas. Rivas Mercado dedicó sus esfuerzos a apoyar el arte y escribió sobre la mujer y la educación.

CAPÍTULO IV: LOS TIPOS MEXICANOS Y SUS DINÁMICAS DE GÉNERO EN DOS CUENTOS DE ANTONIETA RIVAS MERCADO: “EQUILIBRIO” E “INCOMPATIBILIDAD”

El trabajo de Rivas Mercado como mecenas de los Contemporáneos y como cronista del movimiento vasconcelista son regularmente los aspectos de su obra que reciben mayor atención, quizá intentando comprobar aquel dicho “detrás de un gran hombre hay una gran mujer”. Sin embargo, en este caso Antonieta Rivas, más que estar detrás, produjo y desarrolló ideas y trabajos literarios a la par de sus compañeros en uno de los grupos más importantes en la historia del arte y la cultura mexicana, los Contemporáneos. Ciertamente su producción literaria no es muy extensa, pero sí muy bien pensada. Por medio de su diario y su correspondencia, podemos saber que la obra de Rivas Mercado demuestra una postura política estructurada, fundamentada en reflexiones sobre la situación sociopolítica como mujer mexicana. De la misma manera, la autora desarrolló un pensamiento como artista en cuanto a la literatura de su país.

Rivas Mercado comparte en su diario su proceso creativo, el cual nos enseña sobre su concepto la de literatura. El solo hecho de haber escrito un diario constituía una declaración de libertad y el comienzo del desarrollo de ella misma como escritora:

Intentar escribir un diario privado equivale a confesarse y para ello la contrición es necesaria. Hace años que, a sabiendas, los diversos diarios comenzados retenían el móvil hondo, inconfeso. Y no que lo que tuviera que decir fuera inconfesable, sino que pesaba el temor que alguien, y ese alguien era mi marido, llegara a entrar en posesión de mis secretos... Aquel auto da fe de mi diario y mis libros en que dejo la huella de una prohibición, limitación que ahora es preciso vengar si quiero llegar a escribir con la verdad, única justificación de ponerme a escribir. (Schneider, *Diario de Burdeos*, 439)
Su diario era a la vez una bitácora en la que vertió su proceso creativo. Gracias a su diario

sabemos que deseaba “apoderarse de sí misma” para producir una obra que reflejase sensibilidad e inteligencia para captar su realidad (“Diario de Burdeos”, 439). Buscaba la verdad para poder escribir y convertirse en la primera dramaturga hispanoamericana (“Diario de Burdeos” 440). Sin

embargo, su producción teatral original consta únicamente de una obra terminada y una incompleta.

Como parte de su nueva vida, Rivas Mercado debía encontrar una forma de recibir dinero como escritora. Por medio de una carta a su hermana Amelia del 2 de enero de 1931, sabemos que su plan era escribir resúmenes de libros, traducciones y cuentos originales que llegado el momento, se publicaría en una revista que Vasconcelos (Acosta Gamas, *Antonieta Rivas Mercado. Tomo II*).

Aunque Antonieta Rivas Mercado no da muchos más detalles de sus cuentos, sabemos por medio de sus planes para escribir su novela, en la que tenía deseo de desarrollar tipos mexicanos (Rivas Mercado 421). También por medio de su correspondencia y su diario conocemos su deseo de escribir sobre las mujeres, la maternidad y el feminismo.

En este capítulo me propongo relacionar el desarrollo de los tipos mexicanos que Rivas Mercado elaboró en “La mujer mexicana” e “Ideales de las mujeres”, con el desarrollo de los personajes de su cuento “Equilibrio” e “Incompatibilidad”, para a su vez comprender la perspectiva de la autora sobre las relaciones de género de su época y los tipos mexicanos femenino y masculino.

Gracias a su diario, sabemos que Antonieta escribió cuentos que planeaba publicar:

Así como Sor Juana en cierta ocasión se cortó media cabellera hasta no haber dominado ciertos conocimientos que pretendía adquirir, vedándose el contacto con sus semejantes, yo me prohíbo volver a la vida antes de haber realizado los siguientes proyectos: ...Y cuentos cortos suficientes para adquirir y sostener colaboraciones en la prensa americana...Quiero para entonces ganar suficiente con mi trabajo para mis modestos gastos. (“Diario” 444)

Décadas después de la muerte de Antonieta, “Equilibrio” e “Incompatibilidad” fueron publicados por primera vez en *87 cartas de amor y otros papeles* que publicó Rojas Rosillo en 1980.

Tanto “Equilibrio” como “Incompatibilidad” tienen en común protagonistas mujeres, ambas madres. Esto representaba una novedad, ya que tal como se describió en el capítulo I, la literatura revolucionaria de la época estaba relacionada con la virilidad. La popular novela de la Revolución, por ejemplo, tenía como protagonistas obligados a hombres que representaban el epítome de la virilidad. Las obras de teatro y las canciones populares también eran protagonizadas por campesinos o caudillos, machos. La literatura revolucionaria propone obras que reflejen locura creadora y acción constante, según Jiménez Rueda: “esas obras encierran un sentir ‘masculino en toda la acepción de la palabra’” (Díaz Arciniega 73).

La masculinidad, con frecuencia obtenida por medio de actos competitivos, juzga como afeminados aquellos que no lleven a cabo estas acciones (Irvin). Las mujeres, inactivas y dóciles, marginadas de aquellos rituales ‘naturales’ a lo masculino y lo nacional, carecían de historias que abonaran a la retórica revolucionaria. Los temas de la experiencia femenina no eran de interés al régimen ni para la academia para representar lo mexicano. Quizá Rivas Mercado contaba con que el mercado americano en el que planeaba publicar estaría más abierto a leer cuentos sobre mujeres y con mujeres protagonistas.

En “Equilibrio” e “Incompatibilidad” se prueba el interés de Rivas Mercado por temas relacionados con la mujer, por ejemplo, los matrimonios en los que las mujeres jóvenes eran ‘dadas’ o vendidas a sus maridos, la maternidad forzada y las relaciones entre madres e hijos que no se desearon. También trata el tema de la violencia machista ejercida primero por los padres y luego por los maridos. La diferencia de estándares morales entre hombres y mujeres, el divorcio y la religión.

“Equilibrio”

La historia de “Equilibrio” comienza en un ambiente casual, en un momento cualquiera en la vida de una familia mexicana. Desde el primer párrafo se da a conocer la dinámica de género que pesaba sobre aquella casa y sobre todo sobre la madre, Asunción:

El viejo la dominaba, la había dominado siempre, y ella subrepticia, imperceptiblemente, lo había engañado siempre en las cosas pequeñas: escamoteando el vuelto del mandado, protegiendo con aguda nostalgia los amores de sus hijas. En apariencia obedecía, jamás oponía resistencia, contestaba a todo: sí. (257)

En este pasaje conocemos a Roberto como un macho dominante. Asunción por su parte, como la mujer sometida bajo el dominio de su marido, sin independencia económica, ávida de otorgar felicidad a sus hijas, que a su vez comprendía las limitaciones del lugar que ocupaba en la sociedad. Es decir, Roberto mandaba y Asunción obedecía. Para las hijas de este matrimonio, en particular para la menor, también se desea que reciban la educación que recibió su madre. Roberto exige de su esposa y sus hijas cierta moralidad y obediencia: “Educala como tu santa madre te educó a ti. Que cumpla fielmente con Dios y con sus padres, que sepa obedecer” (257).

Según Rivas Mercado, las expectativas morales derivadas de la educación católica centraban la utilidad de la mujer en su servicio como madre católica y esposa. De sus hijas, Roberto esperaba que fueran también obedientes a sus maridos. Por lo tanto a ambas generaciones de mujeres les esperaban las mismas condiciones, como lo describió Rivas Mercado en uno de sus ensayos: “Las mujeres mexicanas en su relación con los hombres son esclavas. Casi siempre consideradas como cosa...” (“La mujer mexicana” 319). De esto deriva el valor utilitario que se les daba a las mujeres, es decir, el valor de Asunción residía principalmente en dos cosas, primeramente, en su ‘no hacer’ para sí misma, en obedecer cual esclava, sin poder formarse opiniones propias o negarse. En segundo lugar, en criar hijas que siguieran el mismo patrón. Tal como lo desarrolló en su ensayo, el ideal de la maternidad para

las mujeres mexicanas era María, la virgen madre con su hijo en brazos (Rivas Mercado, “Igualdad de las mujeres” 324). Es decir, puras como vírgenes y a la vez madres.

Según la autora, las mujeres mexicanas consideraban su trabajo principal, según lo establecido por Dios, el cuidado de toda vida espiritual. En el hogar, las mujeres mexicanas son consideradas dóciles, sumisas y modestas que únicamente actuarían bajo el mandato de maternidad para defender y proteger la paz de sus hombres (“Ideales de las mujeres” 324). Ya que las hijas de Roberto y Asunción únicamente vivían en función de complacer a su padre y convertirse en esposas, él ponía especial atención en la moralidad de sus hijas. Al criarlas sumisas y dóciles, la confirmación de su trabajo y de su honor como *pater familiem* son el matrimonio de sus hijas a quienes asegura ‘haber casado bien’. En contraste, el narrador nos permite saber la perspectiva de Asunción:

La madre evocaba, sin rebeldía casi, el matrimonio por desesperación de las mayores con quien primero quisiera llevárselas, sofocadas por la tradición que en el padre era sombra. Una casó con un rancharo” buenazo, patán y borrachín; cargada de hijos, era señora en la hacienda, nueva cárcel. La otra, con un empleadillo, buen hombre, opaco y sin aliento. Y el padre a eso llamaba “haberlas casado bien”. (“Equilibrio”, 258)

Las hijas buscaban con desesperación salir de la casa de su padre y la moralidad tradicional que esperaba de ellas. Sin embargo, Asunción entiende que únicamente han pasado de una cárcel a otra. Roberto exalta la educación que recibió Asunción de su madre, quien la hizo buena. Por lo que Asunción igual que sus hijas mayores, había pasado de la cárcel del hogar familiar a la del marido. Las mismas expectativas de género eran práctica regular de la sociedad. Rivas Mercado menciona lo que sería un lugar común en los cuentos al hablar de las mujeres en el espacio doméstico, la casa familiar como una cárcel. Aquellas mujeres que salían desafiaban abiertamente su lugar en la sociedad y era una afrenta al honor de sus padres o maridos. Las mujeres pertenecían a la vida privada de sus hombres: “No se parecen las descocadas y

pintarrajeadas, con la falda a la rodilla, que andan paseando con desconocidos en automóviles. Ésas son unas perdidas” (Rivas Mercado, “Equilibrio” 258). Por supuesto, Rivas Mercado reconoce la diferencia entre la moralidad que les era permitida a los hombres y la que se esperaba de las mujeres.

Las mujeres, relegadas únicamente a lo doméstico, tenían la responsabilidad de permanecer en el recinto de la familia. Para los hombres, la sexualidad ejercida en lo público era permitida: “The separation of public from private, in fact, produced something of the same effect on women’s sexuality that religious discourse had done, making it either heretical or impossible. For men, on the other hand, the bohemian life allowed them to cross over into the lowland forbidden world of sexual promiscuity” (Franco 95). La promiscuidad masculina estaba ligada a su virilidad:

Ella no replicó. Acostumbraba doblegarse bajo el peso de aquella aplastante superioridad. Pensó que los hijos que a lo largo de su vida él había traído a su hogar, sin más que una orden - “son míos, que sean como tuyos” -, debían haber sido hijos de perdidas. Él sí sabía. Hijos aquellos que había acogido ella envolviéndolos en el mismo abrazo que los propios, por estar necesitados de amor. En realidad, qué sabía ella de las perdidas. Sabía de las honradas. Sabía de sí misma. (“Equilibrio” 258)

En la literatura de la revolución, así como en la sociedad de la época, el hombre “civilizado” de la clase alta, la masculinidad *modernista*, ahora se consideraba femenina. En la era de los caudillos, el hombre ‘bien macho’ de clase trabajadora, el “salvaje” hiper-masculinizado con una sexualidad peligrosa simbolizaba a la nación. Era exaltado por ejemplo a través de las figuras mitificadas de la Revolución como Emiliano Zapata y Pancho Villa (Irwin 116). Para las mujeres, prevalecía la moral victoriana, la idea de la mujer decente que encarna las virtudes morales de la época porfirista.

Rivas comprende que las relaciones de género favorecían hacia el libertinaje masculino, mientras que la moralidad femenina era seguida muy de lejos por los mismos hombres que no tenían que seguir la misma moralidad.

Como se lee en la cita, Roberto, el padre, exige de su esposa e hijas, e incluso de otras mujeres con las que él mismo se relaciona sexualmente, una moralidad y religiosidad que él mismo no practica. Roberto aprueba para su hija menor únicamente la compañía de Mariquita a quien describe de la siguiente manera: “No se parece a las descocadas y pintarrajeadas, con la falda a la rodilla, que andan paseando con desconocidos en automóviles. Ésas son unas perdidas” (Rivas Mercado 258). Roberto imponía las reglas a su mujer y a sus hijas, Asunción, a quien también le habían exigido la misma moralidad su padre, ya no cuestionaba las reglas.

Como Rivas Mercado lo declara en “La mujer mexicana”, el hombre se beneficiaba de esta dinámica de poder. En el cuento, ya que mientras más control ejercía sobre el marido Asunción, más se convencía ella de obedecer y someterse. La escritora explica el fenómeno causado por esta dinámica de desigualdad entre hombres y mujeres: “Salta a la vista que la pasividad femenina sirve de socio a la licencia masculina” (“Ideales de las mujeres”319). Al ejercer un control total sobre Asunción, ésta se vuelve incapaz de cuestionar las órdenes de Roberto y se dedica a representar aquel papel de “buena”. Rivas Mercado en “La mujer mexicana” denunció cómo la mujer mexicana no tiene voluntad para cuestionar o revelarse ante los abusos de sus maridos:

Sin vida propia, dependiendo del hombre, le siguen en la vida, no como compañeras, sino sujetas a su voluntad y vendidas a su capricho. Incapaces de erigirse en entidades conscientes, toleran cuanto del hombre venga. El resultado es que éste no estima ni respeta a la mujer y que ella se conforma, refugiándose en lo que han llamado su bondad. (319)

En este cuento, Rivas Mercado expone otro de los problemas que vivían las mujeres de su época, los matrimonios infantiles. Sobre los cuales se escribe nueva legislación en la Constitución de 1917. Esto se menciona en “La mujer mexicana” como la supuesta mayor victoria de la Revolución mexicana. Sin embargo, la autora argumenta que, aunque la nueva constitución permite el divorcio, el criterio de esta constitución fue puramente masculino y por lo tanto no a favor de la mujer y del niño (Rivas Mercado 317).

En relación a los matrimonios, un artículo de la constitución de 1917 aumentó la edad mínima de las mujeres para casarse de los 12 a los 14 años (Quildorán de Aguirre 36). En la protagonista de “Equilibrio”, Rivas Mercado denuncia lo común de los matrimonios en los que mujeres jóvenes por entregadas a hombres mayores. Sabemos que Asunción fue entregada por su padre para casarse con un hombre mayor, sin entendimiento ni consentimiento propio: “Tenía quince años cuando la casaron. Cuando amamantaba a la primera hija jugaba aún con las muñecas. El marido, años mayor, cansado y distante, la había mandado como antes su padre, y ella había ido olvidando la risa y el juego” (Rivas Mercado 258).

Rivas Mercado reconoce que las mujeres mexicanas vivían bajo las órdenes de sus padres y después de sus maridos. No tenían opción de conocer nada más que la voluntad de los hombres. La vida de Asunción había transcurrido sin que ella pudiera desarrollar gustos o tomar decisiones, sin que pudiera conocerse y desarrollarse como individuo, tal como Rivas Mercado dice en “La mujer mexicana”: “Creemos que está obligada a desarrollar el esfuerzo indispensable para hacer efectivo en ella lo que hasta hoy ha sido posibilidad. Diríase que la mujer es un poema sin demostración” (320).

Otro de los temas importantes que trató Rivas Mercado fue el consentimiento en las relaciones sexuales dentro del matrimonio y en la maternidad, temas por supuesto vigentes. El

matrimonio de Asunción con un hombre desconocido y mayor, siendo ella joven, le trazó a su vida un camino al que ella nunca accedió, pero que soportó:

¡Qué sabía ella del amor! El marido la había tomado, poseído a su antojo, sin esperar jamás que su consentimiento se adelantara. Su vientre se había hinchado y el dolor le había dado una hija a la cual no había podido querer a sus anchas. Hijas pequeñas que se volvían grandes a través del tiempo, de las enfermedades, y que luego se iban.
("Equilibrio" 258)

Este tema está relacionado con otro de los tópicos con que aborda la autora con relación a la maternidad. En "La mujer mexicana" Rivas Mercado deja claro que las mujeres no pueden desarrollar su papel de madres e influenciar u otorgar la "vida moral" a sus hijos y maridos si no se cultivan y exorcizan de aquella bondad pasiva:

Alguien dijo que la mujer es mantenedora de la raza. Por naturaleza lo es; pero basta ya de creer que por sabiduría infusa la mujer acierte a ser esposa y madre... Es preciso sobre todo para las mujeres mexicanas, ampliar su horizonte, que se la eduque e instruya, que cultive su mente y aprenda a pensar... El cultivo de la mujer será el exorcismo de su "bondad pasiva". (318-320)

La maternidad fue un tema importante para Rivas Mercado. La autora reconocía el efecto de la pasividad femenina en la relación con los hijos. Rivas Mercado define la relación de la maternidad y la paternidad de Roberto y Asunción. La madre, por un lado, escondía los amores de sus hijas, les conseguía permisos para salir y ocultaba las actividades de ellas. Sus hijas habían aprendido a utilizar esa relación a su favor. Asunción no había podido quererlas y educarlas como una mujer adulta y con conciencia propia, por lo tanto, la relación con sus hijas se limitaba a utilizar la bondad de Asunción a su favor: "Anda, sé buena mi viejita linda"- y, zalamera, la besaba aunque sabía que todo era innecesario pues tenía ganada la partida. Ella le conseguiría todos los permisos" (Rivas Mercado, "Equilibrio" 260). El padre por su parte tenía una relación de control. Mientras Carmen y sus otras hijas siguieran sus órdenes, aunque fuera solo en apariencia, él no pensaba en ellas más allá de la reafirmación de su poder y de honor:

El amor por su hija era simple vanidad: autoridad. Ni siquiera sabía cómo era. Unos cuantos clichés, eso le aplicaba. En verdad no la veía... Porque su hija no podía ser como las hijas de los demás. Y, perezoso, no oponía resistencia al curso de la vida que sus "ideas", expuestas con énfasis y traducidas en una serie de reglas. Carmen no habría de salir sola a la calle. Carmen obedecía. Carmen sería hacendosa. Carmen no tendría novio. Carmen esperaría del destino y de su mano el matrimonio, o se quedaría para vestir santos con lo que más tarde podría meterse de monja, cuando él ya hubiera muerto. Antes no. (Rivas Mercado, "Equilibrio" 260)

Asunción y su hija estaban unidas por su condición de mujer. Sin embargo, el ayudar a su hija a probar cierta libertad, despierta en el personaje de Asunción los recuerdos de su juventud:

"La madre al tocar las telas leves soñaba su juventud ida sin adornos vanos... La madre rememoraba, amarga, que su marido le había dicho: "Mi mujer no baila". (Rivas Mercado, "Equilibrio" 260). Asunción comienza a reflexionar en su pasado y los pensamientos que había comenzado a tener cuando sus hijas mayores ya se habían casado: "Había vivido su vida, contrariada. Nunca había hecho nada por gusto, sujeta siempre a un gusto extraño. Ignoraba cuál hubiera sido *su* gusto, pero presentía que sin aquella sujeción alguno habría tenido." (Rivas Mercado, "Equilibrio" 261). Luego de pensar en lo que había sido su vida, Asunción decide por primera vez, aunque todavía a escondidas, llevar a cabo un acto de rebelión a favor suyo y de su hija. Asunción decide ayudar a su hija a salir de la casa y una vez que su hija se ha ido, el personaje entra en una iglesia. La iglesia, el único lugar además de su casa al que podía asistir.

Haciendo uso de lo que conocía, Asunción entra en esta para pedir por su hija:

Pedía para aquella hija lo que le había sido negado: vida propia. Un camino que no tocara en punto alguno el trazado por ella. No quería que como a ella la amargura la fuera alcanzando a medida que los quehaceres inmediatos se fuera alejando, no quería que como a ella un día, hacía tanto años. Algo le comenzara a doler en el corazón, algo como un punto de fuego intermitente, a lo que había respondido en la cabeza inhábil un esfuerzo paciente para vestir de palabras aquel dolor". (Rivas Mercado, "Equilibrio" 261)

Este fragmento deja ver el pensamiento religioso de Rivas Mercado. A través de Asunción podemos ver a un Dios o una religión que, aunque imponía cierta moral en la sociedad,

también representaba una puerta de salida para las mujeres. Primero, la excusa de la hija de asistir a la iglesia le permitía salir de la casa con la aprobación del padre. Por otro lado, Asunción entra a la iglesia en cuenta de lo que ha sido su propia vida.

“Incompatibilidad”

El cuento “Incompatibilidad” se desarrolla como un diálogo de una mujer con lo que entendemos como una consciencia, por medio de un monólogo interior. Este monólogo comienza con una pregunta: “- ¿Por qué has venido a mí hoy para entregarme desnuda, acerada, tu resolución?” (265). Este diálogo da comienzo a la conversación entre dos voces, las cuales son representadas como dos mujeres pero que simbolizan las voces contradictorias dentro de la mente de una mujer. La voz tradicional apela a diferentes entidades a las que se enfrentaba la mujer de la época. Para persuadir a la mujer que se libere de reprimir sus pensamientos, la voz de la mujer tradicional apela al sentimiento, la religión, la maternidad y la verdad. De las dos voces, intentan persuadir la una a la otra de rebelarse contra su destino: “...Me dices que has resuelto cortar ya tu vida, la vida a la que tus padres te ataron, que la responsabilidad sólo es válida cuando es libremente elegida. Así es que ha nacido tu nueva voluntad... ¿qué debo entender?” (265).

La voz de la mujer expresa que desea vivir. La otra voz le responde la voz que preguntas no vive ahora. De esta manera comenzamos a conocer las circunstancias de la mujer: “...Un hombre me compró. No te estremezcas. Otros me vendieron. Siguieron sus conveniencias sin consultar la mía. Ahora sé que el trato que ellos hicieron yo lo desharé” (265).

Las voces se contraponen. La voz del pensamiento femenino tradicional apela al sentimiento de la mujer buscando a la mujer tradicional que se deja llevar por los sentimientos de compasión y amor. Esta voz tradicional intenta convencer a la otra de seguir siendo la mujer

sumisa. La otra voz de la mujer, decidida a liberarse cuenta cómo su historia la ha llevado a despojarse de lo que ella describe como el traje incómodo que representa el sentimiento. La autora utiliza esta metáfora del traje en su ensayo “La mujer mexicana” en el que describe a la iglesia católica como una fábrica de “trajes a la medida” (318). De esta manera, una de las voces describe cómo se ha despojado del “sentimiento” como de un traje, que la mantenía bajo violencia e incapaz de reaccionar, primero del padre y luego de su marido. La voz de la otra mujer intenta apelar a las emociones de la mujer que vive violencia:

-Hablas sin sentimiento.

- ¡Hace unos años tenía tanto! Pero me fui desnudando de él como de un traje incómodo, se me fue desgarrando en las caricias repetidas de un hombre caduco, ¿qué?, ¿mi marido?, sí, caduco dije. Era yo un cervatillo asustado y ciego. Aquel horror me dio fuerza”. (266)

La mujer cuenta el proceso de su despertar ante la violencia que vivía, el traje de aquel sentimiento que la mantenía sometida a su marido se había desgarrado con cada agresión sexual. El caer en cuenta de la horrible situación que vivía la mujer tuvo un despertar repentino pero enérgico. Continúa explicando cómo fue que se despojó de aquel traje. Esta escena nos remite a una entrada del diario en el que podemos ver en la autora la relación entre la necesidad de encontrar la identidad propia y la búsqueda de la verdad:

Aquel auto da fe de mi diario y mis libros en que dejo la huella de una prohibición, limitación que ahora es preciso vengar si quiero llegar a escribir con la verdad, única justificación de ponerme a escribir. Esa verdad que lleva a uno dentro, que alimenta, teme y adora. Esa verdad íntima, difícil de forzar como una virgen...Obstáculos externos no queda uno. Pero ahora es cuestión de entregarse a los graves, a los internos. Y esta lucha solitaria, en la que pretendo apoderarme de mí misma...Hay que romper las barras que me constriñen y es en este diario en el que he de hacer el aprendizaje de la verdad. (439-441)

Rivas Mercado nos deja saber que la búsqueda de la verdad es el principio del empoderamiento. Esta verdad está relacionada con el conocimiento de yo femenino que la autora afirma carece la mujer mexicana, y con la creación de la identidad tras el empoderamiento. Para

la autora como para su personaje, el alma reclamaba la verdad: “Fue un impulso venido del fondo del mar. De tan lejos, que levantó una ola triunfante por sobre las copas de los árboles, en un haz: el anhelo de mi cuerpo, la necesidad de mi alma. Uno reclamaba alegría, verdad la otra” (“Incompatibilidad”266). La verdad se entiende como el verdadero ser, las necesidades del propio cuerpo y del alma sin la carga social que ponen otros sobre ella. Como lo dice Rivas Mercado en “La mujer mexicana”, “Diríase que la mujer es un teorema sin demostración” (320). La mujer liberada descubre también que no ha podido desarrollarse como persona o desarrollar su verdad, sin embargo, ahora que tiene conciencia de la vida que ha llevado, este mismo engaño, como el cloroformo mencionado por Rivas Mercado, una vez descubierto la hará libre: “No soy conclusión sino premisa dada. Engaño hay tan grande que ya es monstruo. Es un engaño grueso que se ha ido hinchando, hidrópico, y está a punto de reventar: engaño por conveniencia, engaño por apetito, engaño por costumbre adquirida; de él botará la verdad que amo en mí” (267).

La autora creó en la voz de este personaje una mujer que buscaba su verdad por sobre la idea que se había impuesto sobre ella, mientras que la otra voz de mujer la intenta convencer de que debe seguir los lineamientos sociales por encima de su propia verdad:

- ¿Quién callará mi pensamiento?

-Otro pensamiento, éste que no se agranda como el que llevas ahora prendido. Éste que está fijo por límites exactos. La vida de todos los tuyos se levanta sobre tu aquiescencia. Piensa eso...Es necesario que detengas el deslizarse de otro veneno. (266)

Rivas Mercado habló en varias ocasiones a favor de la iglesia católica. Su fe fue un tema frecuente en sus textos y su defensa de la iglesia católica es especialmente tangible en su crónica de la campaña de Vasconcelos. Aunque en sus ensayos habla de la moral católica bajo la que vivía la mujer mexicana, la autora no señala una contradicción entre el catolicismo y la liberación de la mujer en “Equilibrio”, pero en “Incompatibilidad” la autora expone como los

textos religiosos pueden utilizarse para justificar el lugar tradicional de la mujer, tal como la voz tradicional del cuento intenta justificar el acallar a la voz que se rebela: “Calla. Es blasfemia. Las escrituras dicen...” (266). Sin embargo, la voz de la mujer que se rebela ofrece otro entendimiento de la idea de Dios: “La palabra de Dios yo soy quien la lleva en los labios. Óyela: semanas, meses, años toleré, hasta que un día conocí la verdad y me hizo libre” (266). La voz de la otra mujer ahora intenta apelar a la religiosidad tradicional de la mujer que ya se siente libre, pero una vez más la mujer liberada reclama su verdad y visión de Dios para afirmar su decisión: “-Mi verdad es Dios”. Sin embargo, la voz de la mujer tradicional pretende relacionar a la responsabilidad religiosa de la mujer con el rol tradicional de mujer y esposa de la época, así como el argumento de que, al no seguir los cánones sociales impuesto a la mujer, esto representaría una catástrofe social y el fin de una sociedad organizada: “-No, tu verdad está en la tierra, en el quehacer diario, en la orden pequeña. De otro modo las presas del mundo, que contienen desde hace tantos siglos dolores infinitos, se romperán, anegarían, y el orden, el orden, lo veo perdido, flotando” (Rivas Mercado, “Incompatibilidad” 257-268).

“Incompatibilidad” es quizá el cuento más personal de Rivas Mercado. Más de un pasaje en este cuento evoca momentos de la vida de la autora que ella misma plasmó como parte de los diarios que escribió intermitentemente durante su vida. Estos fragmentos de diario se publicaron bajo el nombre “Páginas arrancadas”. Otro de los temas que toca Rivas Mercado en su cuento, relacionado de manera cercana con su propia experiencia es el lugar de las relaciones sexuales y la maternidad consensuada dentro del matrimonio.

En el cuento “Equilibrio”, conocemos la historia de una mujer muy joven, Asunción, que se convierte en madre sin haber consentido al sexo o la maternidad dentro de su matrimonio. Rivas Mercado aborda a través de este personaje las consecuencias: “...El marido la había

tomado, sin esperar jamás que su consentimiento se adelantara. Su vientre se había hinchado y el dolor le había dado una hija a la cual no había podido querer a sus anchas. Hijas pequeñas que se volvían grandes a través del tiempo, de las enfermedades, y que luego se iban”. (258)

Las relaciones sexuales consensuadas dentro del matrimonio tienen directa relación con pasajes específicos de “Páginas arrancadas”. En este diario, escrito durante su matrimonio con Albert Blair, Rivas Mercado nos deja saber su idea del matrimonio y del sexo dentro de las relaciones románticas: “No está bien que un hombre y una mujer, cuando ya no se quieren, sigan viviendo juntos. La unión de los cuerpos debe ser la de las almas, y la mía no va a la tuya” (271). La autora explica cómo el sexo se vuelve un yugo para ella cuando hay presión o falta de consentimiento:

Lo que yo quería, ahora lo veo claro, era escapar de sus brazos. Este yugo, este darse sin amor...yo no era ignorante, sabía lo que la vida exigía...Cuando me posee, deja de interrogar. Estoy en el tormento...Noche a noche finjo que estoy enferma, finjo que estoy dormida, para poder escapar, pero siempre, a alguna hora terrible, viene a mi lecho. Cierro apretadamente los ojos, simulo ahogando mi sobresalto, la respiración pausada de un sueño, hasta que siento imperioso, desesperado, su cuerpo alargarse junto a mí. ...Lo peor es cuando me doy a él, cuando en su lecho a al pie del mío, quedo, muy quedamente, se queja de una pena muy pesada, muy aguda...Y me doy, pero como un mendrugo a un mendigo repulsivo. (273,274)

“Páginas arrancadas” e “Incompatibilidad” reflejan dos historias de maternidad relacionadas. Conocemos que Rivas Mercado tuvo un hijo de su matrimonio con Albert Blair. En medio de la historia caótica descrita en el párrafo anterior, la autora escribe sus impresiones sobre su embarazo: “Estoy embarazada. De esa tormenta me quedaba eso, un hijo...Pensé alguna vez que el hijo sería un glorioso mensajero de dicha. Un hijo. Si al menos fuera sólo mío. Pero es suyo también. Lo reclamará, le dará su nombre que no me gusta” (“Páginas arrancadas” 275, 276). Haciendo referencia a una cita dentro del cuento, conocemos el pensamiento de la voz de la mujer liberada a través de diálogo con la otra voz: “La responsabilidad sólo es válida cuando es libremente elegida” (265).

Así como Rivas Mercado lo plasma en el diario ya mencionado, la voz femenina en “Incompatibilidad” expone un pensamiento sobre la maternidad aún vigente. Este personaje expone la diferencia entre la relación con un hijo concebido de manera consentida:

Dos hijos le han nacido a mi cuerpo. Uno solo a mi alma. El primero, engendrado en la materia abandonada de Dios, es como el padre: carne vasta, apetito glotón, espíritu bastardo. El otro, manojito de yerba olorosa, ése es mío... Amo al mío. El otro está más allá del alcance de mi amor. En sus gestos se levanta ya el padre enemigo, el que compró; o el otro padre enemigo, el que vendió. (266)

Estos pasajes son probablemente los más cercanos a la vida personal de la autora, Rivas Mercado comprende las expectativas sociales dentro del matrimonio, pero también expone los peligros de la maternidad no consentida de las mujeres casadas. No es aventurado pensar que su primer y único matrimonio le permitió compartir su perspectiva en relación con las expectativas sociales para la mujer de la época. La perspectiva histórica de este cuento nos permite ver algunas de las nuevas leyes disponibles para las mujeres dentro del matrimonio. Hasta cerca del final del cuento conocemos que Alicia es el nombre de la mujer en cuya cabeza se desarrolló la conversación del cuento. Hacia el final de cuento, la realidad y la ficción convergen en “Incompatibilidad”:

Recordaba que momentos antes de acostarse, después de besar las frentecitas de sus hijos, había tomado al azar, gesto ocioso, de sobre el escritorio de su marido, ausente en viaje de negocios, un periódico olvidado y que sus ojos habían caído sobre estas líneas: “La señora Laura Rosas presentó ante el juez 3° de lo civil una demanda de divorcio en contra de su esposo Manuel Moreno Garza, basada en la “Incompatibilidad”. Le desagradaban noticias semejantes... Su último recuerdo semiconsciente consistió en una voz de megáfono que al anunciar dibujaba con letras luminosas contra el fondo de su dueño: “Incompatibilidad”, i n c o m p a t i b i l i d a d. (268)

En su ensayo “Ideales de las mujeres”, Rivas Mercado menciona que la Constitución mexicana de 1917 supuestamente había representado el mayor logro de las aspiraciones revolucionarias, la cual incluía un artículo que daba a la mujer la posibilidad de divorciarse. Sin embargo, debido al peso de la educación católica, la ley en realidad no beneficia a las mujeres (325). En esta historia conocemos al final que ha sido Alicia quien ha tenido este diálogo interno

con las voces contrarias que discuten sobre la responsabilidad de la mujer y su verdad. El diálogo parece haber nacido de los pensamientos secretos que Alicia no se atrevía a vocalizar, tal como lo dice Rivas Mercado, la mujer mexicana al final no ejercería su derecho al divorcio. Por el contrario, a pesar de haber tenido aquella voz de una mujer ya liberada, al final, Alicia opta por quedarse en su matrimonio y además, según afirma el cuento, le desagradaba saber de noticias sobre divorcios. Conscientemente Alicia reprobaba aquella acción que mostraba el periódico, sin embargo, en su mente, su verdad resonaba por medio de aquel megáfono que le gritaba “Incompatibilidad”.

Aunque no existe una declaración directa de Rivas Mercado, resulta curiosa la elección de llamar al personaje de “Incompatibilidad” Alicia, el nombre de la hermana mayor de Rivas Mercado. Además, la escena de la mujer leyendo el periódico que anuncia un divorcio a causa de una “Incompatibilidad”, se remonta al momento en el que la hermana de Rivas Mercado se enteró del inminente divorcio entre Blair y su hermana. Antonieta Rivas Mercado se pudo imaginar la reacción de su hermana, quien se sabe no la apoya en el divorcio.

Conclusión

La dimensión política del pensamiento de Rivas Mercado ha sido pasada por alto en función de su apoyo económico a la campaña de Vasconcelos. Sin embargo, Rivas Mercado desarrolló pensamiento político a través de sus textos. Por supuesto que su posición feminista ha sido destacada con base en la vida activa que llevó en la cultura del México posrevolucionario. Hay que comprender que la crítica de Rivas Mercado al movimiento feminista no significa que estuviera en contra de la libertad femenina, como hemos revisado en sus textos. El rechazo del feminismo como movimiento político fue más bien una respuesta influenciada por el deseo profundo de definir la nacionalidad y lo propio. Para Rivas Mercado el feminismo al igual que el

capitalismo o el protestantismo, eran antes que nada productos extranjeros y seguirlos significaría someterse a una potencia sajona.

En sus cuentos, la autora representa a personajes del México cotidiano, esposas, madres e hijas. La relación de sus ensayos con sus cuentos es evidente y a la vez rica en el análisis sociopolítico de su generación. Antonieta Rivas Mercado conocía a los artistas más importantes de su época, conocía al arte tradicional y también el europeo más moderno. Sus cuentos combinan ambas aristas de la autora, por un lado, las historias con protagonistas femeninos fueron un atrevimiento y un sello de modernidad en una época en la que lo masculino era lo único respetable. Las referencias históricas son ricas en cuanto a la realidad de la mujer mexicana. Los cuentos hacen referencia a costumbres de la época como los matrimonios de hombres mayores con mujeres menores que eran “entregadas” a ellos; la sexualidad y la maternidad obligadas dentro del matrimonio; las expectativas de que las mujeres de moral católicas no salieran de su casa salvo para ir a la iglesia; la negativa de las mujeres a divorciarse a pesar de poder hacerlo; los hombres violentos o ausentes y las repercusiones de las relaciones violentas en los hijos. En cuanto a la construcción de las historias, “Equilibrio” es la historia de una revancha y de un hombre que como en las tragedias griegas, camina hacia su propia destrucción desde el principio de la historia. La hija favorita de Roberto termina siendo el instrumento de revancha de la madre. Aquello que odia Roberto de las mujeres es aquello a lo que se ha de enfrentar con la hija en la que ha puesto su orgullo y expectativas. Al final de la historia, Asunción logra liberarse al ayudar a su hija a escapar. Ella sabe que las decisiones de su hija acabarían con el padre y así mismo lo ve destruido al final del cuento. Los personajes están contruidos como los tipos mexicanos que leemos en sus ensayos, mujeres sumisas y violentadas que han internalizado su papel de mártir en la familia. Los hombres, violentos y autoritarios, que

toman ventaja de la pasividad femenina. Las relaciones matrimoniales son el resultado de la pasividad femenina y del abuso masculino que se han amalgamado para formar la sociedad mexicana. Por su parte, “Incompatibilidad” demuestra lo que arguye Rivas Mercado en sus ensayos: las leyes no son suficientes para cambiar las prácticas sociales. Alicia piensa contrariada en su matrimonio, solo con su pensamiento se atreve a dejar a su marido y encontrar su verdad en lugar de continuar su vida siguiendo las expectativas sociales. Las voces en la mente de Alicia exigían una decisión, pero la una no lograba acallar a la otra. A causa de esto, Alicia continuó su vida de ama de casa a pesar de que aquellos pensamientos contrarios seguían en su mente. Ambas historias son, como lo quiso su autora, ligar lo mexicano con lo universal. Sus cuentos retratan la realidad de la mujer en el ambiente político posrevolucionario. A la vez podemos encontrar en los personajes los dilemas universales de la búsqueda de la identidad y la lucha entre la ley y la tradición social.

CAPÍTULO V: CONCLUSIÓN

La vida Antonieta Rivas Mercado fue interesante y de muchas formas fuera de lo común. Rivas Mercado tuvo relaciones personales con personajes importantes de su época y fungió como mecenas de uno de los movimientos políticos más importantes de la historia de México, así como el grupo de jóvenes artistas conocidos como los Contemporáneos, con quienes entabló más que una relación de patrocinio. A pesar de ser una figura tan conocida e importante para la historia política y cultural de México, su producción literaria ha quedado relegada bajo biografías y mitos detrás de sus relaciones amorosas y suicidio.

Como ocurrió con otras que la precedieron, no era extraño que las decisiones de las mujeres fueran adjudicadas a sus emociones y sus relaciones con hombres que involucrados en la política. Sin embargo, también en este caso como en otros, es una simplificación o falta de reconocimiento excesiva de Rivas Mercado como actor político y cultural de su época. Cualquiera que se tome el tiempo de leer sus textos encontrará un pensamiento rico con infinidad de riqueza histórica.

Rivas Mercado trabajó arduamente como mecenas, pero también se dedicó a desarrollar su propio pensamiento. Ella quería ser escritora y vivir de ello. En cuanto a lo literario, se interesó por las ideas sobre lo nacional y lo universal. Su amistad cercana con Alfonso Reyes no le impidió estar en desacuerdo con sus aseveraciones acerca de la literatura hispanoamericana. Rivas Mercado creía sobre todo en el conocimiento del propio ser del escritor, primero como individuo, pero también como mexicano a su vez en relación con lo universal. Ella misma como escritora leía literatura francesa, española, alemana, rusa, inglesa y mexicana. Fue una lectora ávida de aprender de los grandes pensadores del mundo. Sin embargo, esto no le impidió desarrollar su profundo interés por su propia cultura. Escribió ensayos y cuentos con

protagonistas mujeres que vivían las realidades cercanas de las mujeres mexicanas. También que trataban temas universales: el miedo, la pasividad de una voluntad aplastada por la violencia, la relación con la religión, la maternidad y la violencia sexual y la lucha por enfrentar las verdades que intentamos esconder para continuar viviendo la vida que la sociedad nos ha impuesto.

En cuanto a su participación política, siempre se le conoció como la amante de Vasconcelos, aun cuando fue ella quien no quiso continuar su relación personal por lo menos por un tiempo. Independientemente de su relación sentimental, Rivas Mercado se obligó a escribir la crónica de campaña de Vasconcelos en la que dio a conocer temas políticos de su interés. Vasconcelos y Rivas Mercado compartieron un interés profundo en lo nacional, pero no compartían todas sus ideas. Vasconcelos escribió *La raza cósmica*. Su nacionalismo se inclinaba hacia el indigenismo y la creación de lo nacional por medio de la raza y la historia. Antonieta por su parte, buscaba un nacionalismo más europeizado y que se justificaba en gran medida a través de la influencia del catolicismo.

Rivas Mercado creía en el catolicismo y apoyaba la campaña de Vasconcelos, antiimperialista y antinorteamericana. Rivas Mercado denunciaba la corrupción y la intervención norteamericana, rechazaba el protestantismo como propaganda imperialista y defendía la cultura mexicana-católica como la base de la cultura latina. La autora, así como Vasconcelos, creía en la exaltación de lo propio y criticaba el materialismo y el maquinismo de los Estados Unidos. Rivas Mercado, amante del arte, no podía apoyar un sistema que ponía la productividad como la meta de la civilización.

Antonieta Rivas Mercado fue una escritora e intelectual de pensamiento rico y complejo. Su historia se ha estudiado por muchos, pero sigue siendo excluida de conversaciones políticas y literarias a causa de sus relaciones personales. Se adjudica su mecenazgo amoroso y no a las

ideas que compartió con otros grandes personajes. Compartió la filosofía artística de los Contemporáneos, quienes deseaban traer lo más nuevo del teatro a México, algo ella hizo posible. Vasconcelos prometió una campaña de educación que le traería a México la paz que perdió por la Revolución mexicana y la soberanía de México. Rivas Mercado apoyó el arte y el movimiento político en los que creyó y en los que tuvo la esperanza de contribuir por la mejora de su patria.

Este fue el objetivo de mi trabajo, comenzar a colocar el pensamiento de Rivas Mercado en su contexto histórico e ideológico, darle a valor a su obra por sobre sus relaciones y justificar su mecenazgo por medio de sus ideas y no de sus relaciones

TRABAJOS CITADOS

Acosta Gamas, Tayde. *Antonieta Rivas Mercado, Obras. Tomo I*, e-book, Siglo XXI editores, 2018.

---. *Antonieta Rivas Mercado, Obras. Tomo II*, e-book, Siglo XXI editores, 2018.

Arciniega, Víctor Díaz. *Querrela por la cultura" revolucionaria"(1925)*. Fondo De Cultura Económica USA, 2010.

Bazant, Mílada. "Lecturas del porfiriato." *Historia de la lectura en México* (2010): 205-242.

Bradú, Fabienne. *Antonieta (1900-1931)*. Fondo de cultura económica, 2011.

Fernández, F. "Lectura de una geometría de la sensibilidad, urbanismo francés y mexicano de los siglos xviii y xix en Pérez, J. & Cramaussel, C." *México-Francia: memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX Vol. II* (2004): 133-158.

Henestrosa, Andrés. *María Antonieta Rivas Mercado*. Miguel Ángel Porrúa, 1999.

Irwin, Robert McKee. *Mexican masculinities*. University of Minnesota Press, 2003.

Machillot, Didier. *Machos y machistas: historia de los estereotipos mexicanos*. Ariel, 2013.

Pérez Martínez, Héctor, y Alfonso Reyes. "A vuelta de correo." *Correspondencia Héctor Pérez Martínez y Alfonso Reyes [1932-1947]* (2006).

Pérez Montfort, Ricardo. "Indigenismo, hispanismo y panamericanismo en la cultura popular mexicana de 1920 a 1940". *Cultura e identidad nacional*. Editado por Blancarte, Roberto. Fondo de cultura económica, 1994, pp. 516-577

Pérez Siller, Javier. "Inversiones francesas en la modernidad porfirista: Mecanismos y actores."

J. Pérez Siller y Ch. Cramaussel (coords.). México-Francia. Memoria de una sensibilidad común. Siglos XIX-XX 2 (2004): 81-129.

Pineda Franco, Adela "De poses y posturas: La exégesis literaria y el afrancesamiento en la Revista Moderna" *México-Francia: memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX Vol. II* (2004): 437-455.

Reyes, Alfonso. "Guardias de la pluma". *Monterrey*, octubre 1930, pp. 125-127.

Rivas Mercado, Antonieta. *Diario De Burdeos*. Primera edición ed., Universidad Autónoma Del Estado De México, 2014.

Sánchez Prado, Ignacio M. *Naciones Intelectuales: Las Fundaciones De La Modernidad Literaria Mexicana, 1917-1959*. Purdue University Press, 2009.

Schneider, Luis Mario. *Obras Completas de María Antonieta Rivas Mercado*. OASIS Y SEP, 1981.

--- "Los Contemporáneos: la vanguardia desmentida." *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*. Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 1994.

Sheridan, Guillermo. *México en 1932: La polémica nacionalista*. Fondo de Cultura Económica, 1999.

---. "Entre la casa y la calle: la polémica de 1932 entre el nacionalismo y el cosmopolitismo literario." *Cultura e identidad nacional*. Editado por Roberto Blancarte, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 384-413.

Ugalde Quintana, Sergio. "Entre el ensayo y la filología: Alfonso Reyes, Cuestiones estéticas y el Ateneo de la Juventud." *Entre el ensayo y la filología: Alfonso Reyes, Cuestiones estéticas y el Ateneo de la Juventud* (2016): 155-173.

Vera y Cuspinera, Margarita. "El pensamiento filosófico de José Vasconcelos." *México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México (tesis)* (1976).

Van Hecke, An. "El Ateneo de la Juventud: ética y estética de una generación." *Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid* 44 (2010).
, vol. 23, no. 4, 2002, pp. 245-259.